Juan Carlos Boveri

Dichos y Escritos para Nadie

Imagen de tapa: Cuarto vacío – JZ
Ediciones Bec

dichos y escritos

Si aceptara el mal de este mundo sería mi suicidio espiritual.

¿Queda en este mundo alguien que no esté dominado por la estupidez, la demencia o la maldad?

Dios y el Diablo son pesadillas soñadas por los hombres

El amor debilita. El odio fortalece.

Esta es la razón por la que los malvados se adueñaron del mundo.

Dios es miope y bobo. O un canalla.

Alguien me dijo que tendría que dar muchas explicaciones cuando estuviera cara a cara con dios.

Le respondí que si eso pudiera ocurrir sería dios el que tendría que darme explicaciones a mí.

Un hombre nada cree con más facilidad y ciegamente que la mentira.

Los que dicen ser Grandes Maestros repiten: «Encuéntrate a ti mismo».

«¿Dónde estás?», preguntó Dios, sin poder encontrar a Adán, el único hombre que existía y que se había escondido atrás de un árbol del jardín.

Si Dios no pudo encontrar a un hombre, ¿quién puede encontrarse a sí mismo?

Las únicas palabras valiosas que han salido de la boca de un hombre son: «Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen».

El «Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen», retumba, como un eco, a través de los siglos y sobre todas las generaciones. Pero nunca hubo un hombre merecedor de ser perdonado.

Hipócritas los creyentes porque no aman a dios, sino lo usan.

Hipócritas los curas porque pregonan lo que no hacen.

Hipócrita dios porque dice hacer lo que no hace; dice hacer justicia y es injusto; dice hacer el bien y el mal arrasa la tierra, dice…

Tratemos de encontrar un solo momento de placer que no tenga que ver con el vicio y el pecado.

El hombre no es ni quiere ser libre. Si lo fuera, de nada le serviría.

No sabría qué hacer con su libertad.

Toda la vida de un hombre es una lucha desesperada por huir de la soledad, tan temida, de la orfandad tan temida.

Todo lo que pretende conseguir es un amo que lo esclavice.

El amo puede llamarse: padre, madre, esposo, esposa, hijo, patrón, dios, Papa, etc., etc.

Porque me sobran zapatos, alguien camina descalzo. Porque me tapo con dos frazadas, alguien tiene frío.

Porque me sobra comida, alguien pasa hambre.

El último refugio es la alegría.

Entre todos los animales, el hombre es el mayor y más perfecto asesino.

No existe ningún otro animal que, como el hombre, planifique meticulosamente y con tanta cruel-

dad cómo matar ni que busque formas tan sofisticadas para acabar con poblaciones enteras.

El hombre es un asesino tan civilizado que juega con el toro antes de matarlo o le llama caza deportiva a matar un ciervo que vive en un bosque, donde no molesta a nadie.

El hombre, un asesino civilizadamente impiadoso.

Hay quienes creen que los culpables siempre son los otros.

Nadie es inocente de lo que pasa en el mundo.

Los derechos son para los ricos.

Los deberes, para los pobres.

Nadie ha ganado tanto dinero con la pobreza y el sufrimiento ajeno como la iglesia católica.

La bondad humana es una mentira.

La mejor prueba de esa falta de bondad es permitir que otro hombre muera de hambre.

Pobre Jesús, que murió pidiéndole ayuda a un dios que es sordo.

Si a algo se acostumbra el hombre es a convivir con el mal. El bien le resulta una sorpresa.

No se puede vivir en estados de vísperas, como si mañana todo fuera a mejorar.

No se puede vivir en estado de esperanza mesiánica, como si alguien fuera a llegar a solucionar todo lo malo.

No se puede vivir en estado de amnesia, como si el pasado se esfumara como humo en el aire.

No se puede vivir en estado de indiferencia frente a la injusticia.

No se puede vivir la vida con la misma expresión con la que la vaca mira pasar el tren.

La decadencia moral destruye al mundo.

Se dice que no vale la pena mirar hacia atrás y se indica el futuro.

Este futuro no es señalado como una esperanza, sino como una fuga del pasado que se pretende olvidar. El hombre opta por una evasión de su propia personalidad. Vive en estado de neurosis, con el futuro hipotecado y la satisfacción prorrogada como un crédito que no pudo pagar.

¿Por qué nace un hombre? ¿Por qué muere?

No pregunto cómo, sino por qué.

¿Por qué muere el niño en su cuna o la muchacha que vendía flores?

Nadie sabe por qué se nace ni por qué se muere.

Saberlo significaría haber descifrado el misterio de la vida y de la muerte.

Ante esta ignorancia, cielos, infiernos, karmas, reencarnaciones son palabras vacías.

Cualquier hombre que se cree bueno es un hipócrita consigo mismo.

El único amor sincero, incondicional y para siempre es el que siente el perro por su amo.

Y el perro ni siquiera sabe que lo que siente se llama amor.

Hay un mundo real y un mundo aparente.

No hablo de nada complicado.

Hablo de lo cotidiano. De gente.

De los que simulan ser y tener lo que no son ni tienen.

De los que no son más que apariencia y que llegan a creer ser lo que aparentan.

¿El mundo real?

Es ese: el de las apariencias.

Se puede vivir como el conejo, siempre asustado.

O resignado, como la vaca.

O solitario como el jaguar, que solo socializa por sexo.

O como el perro, todo el tiempo atrás del amo.

O con el cuerpo lleno de espinas para defenderse, como el puercoespín.

Ostentando, como hace el pavo con su plumaje.

O agrediendo a quien sea, como el tiburón.

O cargando el peso de otros, como el caballo.

O dando vueltas en el mismo sitio, como el pez en la pecera.

Cada uno decide como vive.

Mejor dicho, cree que decide.

Nadie hace lo que quiere.

Apenas lo que puede y le dejan hacer.

Conocí a demasiados hombres y mujeres como para saber que ninguno de ellos valía la pena.

Sé que solo hombres y mujeres de excepción son capaces de llegar hasta el fin en todo: en defender sus creencias y estar dispuestos a morir por ellas, en

amar profundamente, en ayudar al débil, en vivir intensamente.

El resto, son hipócritas simulando todo eso.

El hombre está condenado a padecer el mal porque es lo que mejor realiza.

¿Qué otra cosa hace mejor?

¿Existió Guillermo Tell?

Schiller hizo un drama y Rossini una ópera.

Antes de Guillermo, vivió Ahmed, que tuvo que atravesar la prueba de tirar una flecha sobre una manzana ubicada en la cabeza de un niño.

Es una de las historias de *Las mil y una noches*.

Ahmed no hace el disparo, Guillermo Tell, sí.

Ahmed no arriesga la vida del niño; el otro acierta a la manzana y le cantan loas.

Ahmed está dispuesto a perder la gloria por no arriesgar la vida de un desconocido.

Tell busca la gloria a costa de la vida de su propio hijo.

¿Existieron Ahmed y Tell o son nombres supuestos? ¿Tuvieron que enfrentar la prueba de la manzana o son un recurso literario para hacer más ameno el relato?

Entre el canalla y el héroe, la distancia es cómo se cuenta la historia.

Un vago como Aladino, que conduce a su padre a la desesperación y la muerte por la vileza de sus acciones, con una lámpara se convierte en el héroe de cuentos infantiles.

Si Sherezade no le hubiera puesto una lámpara maravillosa en las manos, Aladino no sería más que cualquiera de los vaguitos sinvergüenzas que andan por ahí y que, para su desgracia, carecen de lámparas que contengan genios o de Sherezades que las inventen.

Conocí a un hombre que se sentía tan solo que solía preguntar la hora por teléfono para escuchar una voz.

Conocí a otro que tenía tanto miedo que no podía gritar ni correr ni moverse siquiera.

Conocí a un tercero que lloraba estando solo y reía estando en compañía.

Y conocí a alguien que se burló de ellos al enterarse de lo que sentían.

Estar en soledad es limpiarse de la maldad ajena e impedir que pueda ejecutarse la propia maldad.

Es un mundo de moralistas malvados

Las religiones hablan del pecado.

Hablan de pecados creados por pecadores.

El hombre no puede salir del pecado. Es su esencia. Si no fuera pecador, no sería hombre.

Hay hombres, mujeres y niños que se mueren de hambre cada día.

Mientras tanto, otros hombres y otras mujeres y otros niños se encorvan de hombros. Todo lo que les importa es tener sus barrigas llenas.

Serán mejor alimento para los gusanos.

Dicen: «No hay una verdad, sino muchas; cada uno tiene su verdad».

Omnipotencia de idiotas. Nadie tiene su verdad.

La verdad es coincidir pensamiento y realidad.

Es tan simple que nunca ningún estúpido podrá entenderlo.

A veces, me parece estar en medio de un carnaval de tanta gente con máscara y disfraz.

Las máscaras y disfraces son más sutiles que esos que se ven en los verdaderos carnavales.

Estas máscaras y disfraces sirven para cubrir lo que se es y hacer creer lo que no se es.

Tahúres de la vida que sobreviven con la trampa. Badulaques usurpadores de un sitio en la existencia. Tan horrendo es lo que tienen en sus almas que no pueden mostrarse tal cual son.

Quizás sea mejor que lleven máscaras.

Hay tanta injusticia, tanta impunidad, tanta maldad. Tantos que sufren de pobreza o enfermedad.

Y ante todo esto hay tanta superficialidad, tanta hipocresía, tanto egoísmo y desinterés que podría preguntar: ¿cómo llegamos a esto?

Es posible que siempre haya sido así.

Y siempre sea así.

Y no haya respuesta ni solución.

Tal vez, hace mucho que yo sepa esto.

A pesar de todo, no me doy por vencido. Aunque sé que estoy derrotado.

Hay muchos que más que defender sus creencias parecen estar defendiendo sus hipocresías.

Sexo y dinero.

Todos giran alrededor de ellos

El único animal que tiene problemas sexuales es el hombre.

Dos cosas incurables: la maldad y la estupidez.

Hay amores que parecen ser amores, pero no son amores.

Hay gente que parece buena, pero no es buena.

Hay amigos que parecen ser amigos, pero no son amigos.

Hay verdades que parecen verdades, pero no son verdades.

Hay más de lo que parece que de lo que es.

Supe de un hombre que tuvo dos muertes.

Su primera muerte ocurrió cuando se murieron sus sueños y se quedó completamente vacío, como si una mano le hubiera arrancado el alma.

Trató de aferrarse a alguna cosa.

No encontró ninguna.

Entendió que cualquier movimiento sería inútil y decidió esperar.

No sabía a qué hora ni de qué forma sucedería, pero iba rumbo a su segunda muerte, la conocida.

Una noche vi a un hombre muy viejo durmiendo sobre un umbral.

Se había cubierto con papeles de diarios.

Hacía mucho frío.

Otro hombre pasó a su lado.

Ni siquiera torció la cabeza para ver al viejo, como si fuera un zapato roto tirado a la calle.

Ese hombre que pasó indiferente, ¿eras vos?

Decidido a suicidarse, se tiró de un piso veinte.

Mientras caía, vio, a través de una ventana, a la mujer de sus sueños.

Antes de partirse la cabeza contra el piso, tuvo tiempo de acordarse del consejo de su abuela:

«¡Que te degüellen, pero no te rindas!».

Un buen consejo para soldados.

Y poco útil para los que tienen el alma desolada y ya no hay nada para ellos en este mundo.

Los individuos se nutren de lo insustancial.

Amoldan sus metas a los códigos establecidos.

Estos códigos deciden sus opciones.

De ese modo, quedan cerradas las perspectivas de independencia personal.

Se puede ser cualquier cosa, menos lo propuesto por los ideales.

La libertad individual ha sido resuelta por otros.

La apatía frente a la lucha por lograr esa libertad implica la pérdida de toda dignidad.

¿Todavía habrá alguien que sepa lo que significa la palabra dignidad?

El tiempo juega con nosotros.

Siempre gana.

Y no da revancha.

Somos nuestros actos.

Nada es tan constante como el egoísmo.

No hay buenos y malos padres; buenos y malos hijos; buenos y malos hermanos, etc. etc.

Hay hombres buenos y malos haciendo de padres, hijos, hermanos, etc. etc.

La vida de los hombres prueba la autenticidad de lo falso.

Nada puede lastimar tanto como descubrir que aquellos que amamos nunca nos amaron.

La creación del hombre fue obra de un demente borracho con dolor de muelas.

Suponiendo la existencia de Dios, ¿cómo fue tan estúpido de dar al hombre el libre albedrío?

De este modo, hizo con la humanidad lo mismo que hubiese hecho de arrojar un bebé a un río lleno de cocodrilos.

La única libertad posible es pensar por uno mismo. Y eso es para muy pocos. El resto son esclavos hablando de la libertad.

Están los que solo repiten lo que les enseñan y están los que tienen ideas propias y las defienden, aunque puedan burlarse de ellos.

Era el caso de Paulino, nacido en Bilbao, que me decía que la Tierra no era redonda, sino un círculo plano sostenido por un mar de gas.

Y el de don José, el astrólogo rumano, que aseguraba: «Solo es cierto lo que se ve. ¿Cómo alguien cómo usted, Juan, puede creer en el átomo? ¿Dónde vio uno?».

Y eso que decían demostraba que no eran una oveja más del rebaño.

Los hombres ricos son muy queridos.

Lo que más quiere la gente es el dinero.

En este mundo lo que produce mayor tranquilidad espiritual es el dinero.

Si hay un ser bueno en este mundo, ese es la vaca. Soporta el frío, duerme bajo la lluvia.

Es tan sensible que siente una mosca sobre la piel y la asustan las sombras.

Viaja aterrada en camiones que la llevan al matadero. No se resiste ni se queja en el momento de ser cruelmente sacrificada.

Como se sabe, es una de las comidas favoritas de los hombres.

Un ser bueno engorda a malvados, pero no les transmite la bondad. Con ella, se nace.

El antiguo diálogo ha sido sustituido por los mensajes de texto y voz.

Las antiguas relaciones sexuales van camino a ser sustituidas por el sexo virtual.

En el pasado, existía el alma.

El cerebro era empleado para pensar.

Reina el teléfono celular.

Las vidas reales dejan de existir cediendo el sitio a las vidas virtuales.

Es el momento propicio para ser sustituidos por los humanoides de I.A.

Ellos harán del planeta Tierra un sitio mucho mejor que el inmundo basurero en que lo convirtió la especie humana.

La hipocresía en este mundo tiene una escala ascendente: el hombre común, el cura, el obispo, el arzobispo, el cardenal y, en la cima, el Papa.

En el momento en que somos gestados recibimos un billete de lotería.

Según el número que le toque a cada uno estarán los que nunca nacerán, los que vivan pocos años, los que duren cuarenta o cincuenta años, los que lleguen a viejos.

Estos últimos pueden parecer los ganadores de la lotería. Pero el billete les costará caro y lo irán pagando en cuotas y casi sin darse cuenta.

El precio será perder los dientes, llenarse de várices, de manchas oscuras en las manos, orinarse y cagarse encima, ser internados en geriátricos y nunca ser visitados por sus hijos.

La piel se ajará como un papel estrujado, al leer sin anteojos verán filas de hormigas en vez de letras, dejarán de comer lo que les gusta porque tendrán el estómago y los intestinos destruidos.

Toda su familia deseará que se mueran para sacarlos de encima o para cobrar la herencia.

Perderán amigos, parientes, casas en las que vivieron, lugares a los que fueron, y, día tras día, mientras sus cuerpos se destruyen de modo inexorable, se sentirán ajenos al mundo que los rodea y su destino será ser incinerados o servir de plato principal a los gusanos adentro de una tumba a la que, con el tiempo, nadie visitará.

Mujeres engañando a hombres; hombres engañando a mujeres.

Hombres engañando a hombres; mujeres a mujeres. Engaños. Algo tan normal como el frío en el invierno o el calor en el verano.

Nada que no pueda verse torciendo la cabeza para uno u otro lado.

Nada que me resulte inusual.

Solo un estúpido puede decir que cada uno construye su destino.

Si al destino se le ocurre, antes de un chasquido de dedos, estás muerto.

Cualquier hombre es como esos boxeadores que llegan a ser campeones del mundo y terminan durmiendo borrachos en un umbral.

Si se le ocurre, el destino te lleva a la cima y, si cambia de opinión, te tira a una cloaca para que seas arrastrado con el orín y el estiércol.

La vida hace lo que quiere con vos.

A veces, te acaricia.

Otras, te da unas trompadas.

Nunca vas por el camino que elegiste.

Vas por el camino que la vida te eligió.

Es posible que se muestre amable gran parte del camino y te sientas cómodo y bien.

Hasta puede darte algunas caricias. Pero, no te confíes porque, siempre, inexorablemente, al final del camino, te pega una patada en el culo.

Y te saca afuera.

Si reencarnamos en un pollo, el hombre nos come. Si reencarnamos en un atún, el hombre nos pesca. Si reencarnamos en un tigre, el hombre nos caza. Si reencarnamos en un abedul, el hombre nos

tala. Si reencarnamos en una rosa, el hombre nos corta. Si reencarnamos en un hombre, volvemos a hacer todas esas cosas.

El mayor de los milagros sería que el hombre buscara a dios todos los días.

¿Este sería el milagro? No.

El milagro sería que lo encontrara.

«No arrojes perlas a los cerdos», dijo el hombre Jesús.

Aunque lo dijo por un motivo distinto y a causa de un hecho real en su tiempo, suelo interpretarlo como: «No desperdicies tu amor dándoselo a los que tienen almas que huelen a caca».

Resulta más sencillo contar los granos de arena en una playa que contar a los estúpidos y soberbios que pueblan el mundo.

Todos los hombres son iguales ante la ley.

Excepto los ricos.

Para tener una buena vida, hay que hacer bien cinco cosas: respirar, comer, orinar, defecar, dormir.

Son las más elementales, las más básicas.

Justamente por eso, el resto de las cosas dependen de estas cinco.

Puedo esperar que lo pienses.

Mejor, no te espero. No tengo ganas de esperar.

¿Todas tu preocupaciones son ir al gimnasio, tomar pastillas para tu impotencia, mirar videos porno para tratar de excitarte o usar la tarjeta de crédito para pagar las cuotas de tu auto y las vacaciones?

Si es así, sos uno más entre los idiotas que llenan este mundo.

La agresividad crece.

La falta de tolerancia crece.

La falta de solidaridad crece.

La aceptación de la inmoralidad crece.

La sensación de estar entre gente digna y bondadosa, disminuye.

Conocí a un hombre que decía ser libre como los pájaros. Se subió al piso veinte de un edificio y se tiró. Agitó los brazos. Hizo un intento por volar.

No pudo y los pedazos de cerebro quedaron esparcidos en el pavimento.

Me pregunté si, mientras caía, tuvo tiempo de darse cuenta de no ser un pájaro, sino un hombre y no haber sido nunca libre.

El sentido del arte es expresar lo mejor y lo peor del ser humano.

Es posible pintar un pájaro suspendido en el espacio, pero nunca pintar el vuelo de un pájaro.

Podrás ver un gato pintado en el lienzo, pero tocarás el lienzo no un gato.

Falsas reproducciones de la vida real.

El arte es un mensaje en una botella arrojada al mar.

El arte siempre habla de nosotros.

¿Imaginaste alguna vez la clase de vida que estás viviendo?

Depende como se la considere: a la vida se la puede vivir como un drama o una comedia.

Vas viviendo y algo vas perdiendo.

Por eso, no hay ganadores, solo perdedores.

En el último segundo de vida, la derrota es completa. Y no hay revancha.

El filósofo Descartes aseguraba que los perros no sentían dolor cuando les arrancaba una pata. Al no tener alma, no sufrían.

Cartesianos son los que tiran una langosta viva en una olla de agua hirviendo para servirla como plato principal.

Afirman que a la langosta no le duele.

Quiero decir: se sea un filósofo, un cocinero o un comensal, de igual modo se puede ser una bestia ignorante.

Me resulta tan sorprendente encontrar una persona buena que menos me sorprendería frotar una taza y que apareciera un genio.

Las águilas, las orcas, los loros, los pingüinos y los cuervos tienen algo en común: toda la vida la pasan con una sola pareja y no conocen la infidelidad. O sea, saben amar más y mejor que los seres humanos.

Como es sabido, la especie humana vive cambiando de pareja como de calzones y la fidelidad es

más difícil de encontrar que un elefante haciendo caca sentado en un inodoro.

El amor con fecha de vencimiento no es amor

El amor es estar dispuesto a sufrir para que el otro no sufra.

En el trabajo gana el hombre su dignidad.

Si no sabés qué es la dignidad, la definición está en el diccionario.

Todo lo que puede pretender un hombre es vivir con dignidad y morir con dignidad.

La mitad de esta cuestión la conseguí. Me falta la otra. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para lograrlo.

¿Estás buscando el amor, ese que te cuentan en las películas y las novelas rosas?

¿Qué te parece si vas en busca de las monedas de oro que están al fin del arco iris?

Es probable que antes encuentres el cofre que el amor.

Dicen que los amigos verdaderos se cuentan con los dedos de una mano.

El que lo dijo era un manco optimista.

La juventud es un tipo meando contra un árbol.
La vejez, un tipo meándose en los pantalones.

No desperdicié un solo minuto de mi vida.
Por esa razón me divertí tanto y sufrí tanto.
Hubo un tiempo en que buscaba lo imposible.
Al pasar los años, sigo buscando lo imposible.
Sé que nunca lo voy a encontrar.
Todo lo que me queda es soñar.

Creo que hubo una chica que me amó.
Pienso en ella. Recordarla me alegra.
En realidad, no estoy seguro de que me amó.

El problema no es que no me entiendas.
El problema es que no te entiendas.

Estoy rodeado de
farsantes, ladinos, timadores, mentirosos,
hipócritas, charlatanes, sinvergüenzas,
descarados, viles, tunantes, fuleros, zainos,

falsos, idiotas, peleles, corruptos,
abombados, bribones, alcahuetes, trols,
timadores, delincuentes, bonchas,
atorrantes, mal paridos, imbéciles, canallas,
necios, zoquetes, incultos,
burros, botonazos, cameleros, rufianes, asnos,
chupamedias, estafadores, fruncidos, forajidos,
mezquinos, abyectos, groseros, muleros,
facinerosos, macaneadores, batidores,
tunantes, lame-culos, piyados, cajetillas,
sotretas, chantas, malandras, haters

que me dan en los quimbos y no consigo bancarlos más de unos minutos

y no puedo sino sentir rabia sabiendo que no hay con qué darles porque se reproducen en progresión geométrica y, más temprano que tarde, llegarán a ocupar el mundo entero porque, igual que las cucarachas, se aplasta a uno y aparecen diez.

En fin, peor sería andar en bicicleta en el desierto de Sahara.

Dijo el discípulo:

—Maestro, dicen que la auténtica libertad es ser uno mismo.

Respondió el sabio Hon-Tzé:

—¿Y qué es ser uno mismo?

El sabio Chin se sintió feliz cuando la lluvia alejó las moscas y él pudo comer tranquilo su plato de arroz.

Una extraordinaria forma de percibir la felicidad.

El sabio Chin enunció treinta y cuatro momentos en los que fue feliz.

¿Cuántos momentos de felicidad tuviste en tu vida?

¿Qué te falta para ser feliz?

¿Qué las moscas se alejen? ¿O el plato de arroz?

El sabio Hon-Tzé dijo que para saber lo que es la vida hay que mirar una flor desde su nacimiento hasta su muerte. Y no apartar la vista de ella.

El científico británico Sturgeon Hawkins, basándose en el pensamiento de Hon-Tsé, colocó un brote en el interior de una campana de vidrio.

Ayudado por la tecnología logró acelerar el nacimiento, desarrollo y muerte de una flor.

Hombre paciente, filmó todo.

Su libro, *Mutaciones y efectos secundarios de las flores* se convirtió en un aporte esencial para la indagación botánica.

Eso sí, Hawkins no aprendió nada de la vida mirando la flor desde su nacimiento hasta su muerte.

En esto hay tres certezas: Hawkins era un burro y Hon- Tsé, un charlatán. Y los dos, unos estúpidos.

Hay que ser muy estúpido para creer que la vida se aprende mirando una flor.

Cuando el sabio Chin era joven recibía las enseñanzas de Lao-Tung.

Junto a otros discípulos tuvo que cumplir la prueba conocida como «Plato de Cerezas».

Lao-Tung les habló:

—Desde el amanecer hasta la caída del sol han contemplado el plato de cerezas, ¿en qué han meditado durante ese tiempo?.

Respondió un discípulo:

—He contado la primera cereza, luego otra y, una a una, hasta la última. Pensé que igual resultado hubiera alcanzado si hubiese contado al revés, desde la última hasta la primera porque ¿cuál es el principio y cuál es el final?

Lao-Tung asintió con la cabeza.

El segundo discípulo dijo:

—He visto a las cerezas, una junto a las otras y cada una ignorante de la presencia de la otra. No

hablaban entre ellas, no trabajaban unidas. Pensé en el egoísmo de ellas, en su ignorancia del prójimo. Sin embargo, todas habían sido parte de la misma planta, entonces, unidas en las ramas, eran algo de importancia; separadas las unas de las otras, eran insignificantes cosas.

Lao-Tung asintió con la cabeza.

Otro discípulo dijo:

—Unas cerezas estaban puestas arriba y otras, abajo. ¿Cuáles eran las más importantes? ¿Las que se destacaban estando arriba o las que las sostenían estando abajo?

Lao-Tung asintió con la cabeza.

Esperó la respuesta de su discípulo Chin, pero este movía la boca sin abrirla.

Lao-Tung le invitó a hablar.

Chin dijo:

—Yo me comí las cerezas y aún tengo un carozo en mi boca.

Lao-Tung sonrió y, poniéndose una cereza en su propia boca, dijo:

—Eso es sabiduría.

¿Entendiste lo que quiso decir el chino?

No creo, es demasiado sutil para tu cerebro destruido por los jueguitos e internet.

A la edad de ochenta y tres años, el sabio Hon-Li quedó ciego.

Su último libro, *Los siete senderos de las nubes* fue dictado a su discípulo Tung-Chu, el mismo que viajaría a la India y fundaría la secta basada en las creencias sostenidas por su maestro.

En esa obra, Hon-Li dice: «Para alcanzar la sabiduría debes hacer tres cosas. La primera: pon siete garbanzos en tu boca antes de hablar de lo que desconozcas. La segunda: por siete garbanzos en tu mano cuando debas tomar alguna cosa que desconozcas. La tercera: pon siete garbanzos en tu calzado cuando debas ir a un sitio que desconozcas».

Tun-Chu interpretó estas enseñanzas de este modo: «Si te mantienes quieto, no habrá sufrimiento».

En la secta que fundó, se estableció el principio de permanecer en estado de quietud extrema para evitar las contrariedades.

Al suceder la guerra en la región de Ragpurla, los Noventa principales de la secta y el propio Tun-Chu se encontraban en peregrinación hacia el Tíbet.

En el camino, se toparon con los ejércitos de Anaganda y los del príncipe Saddhir, que se encontraban en pleno combate.

La lucha era cruel, bestial.

Los Noventa optaron por permanecer quietos, de pie, en medio del campo de batalla

Los Noventa, incluido el sabio Tun-Chu, fueron muertos por uno y otro ejército.

El victorioso príncipe Saddhir, enterado de la masacre de los Noventa Inocentes quiso saber de las enseñanzas de Tun-Chu.

Cuando las hubo aprendido, dijo:

—No me sirven. No se puede construir imperios con ellas.

Estas noticias llegaron, mucho después, a la China y el famoso sabio Lao-Fu-Huang, autor de *El delicado equilibrio de la flor del cerezo y el viento del este que lleva mariposas*, dijo:

«Los consejos resultan verdaderos si son útiles. La mayor verdad no es cuántos garbanzos pongas en tu boca, tus pies o tus manos. Tampoco importa si te mueves o te quedas quieto, sino que hagas lo que debes hacer cuando llega el momento de hacer lo que debes hacer. En este caso, los Noventa tenían que correr lo más rápido que pudieran».

Li-Dian-Tsé, en el siglo 11 de la era cristiana, preguntó: «¿Qué hizo que un lobo se convirtiera en un Chongqing?».

En épocas de Li-Dian-Tsé, los Chongqing existían desde épocas que se perdían en la historia.

Por el motivo que fuera, los Chongqing dejaron de ser lobos y se convirtieron en perros.

Y sobre esto dijo Li-Dian-Tsé: «No importa cómo un lobo se transformó en un Chongqing. Eso nunca lo sabremos con certeza. Lo que sí sabemos sin duda alguna es que un Chongqing ya nada tiene que ver con un lobo».

—Maestro, anoche llegó al pueblo un mago. Metió a una mujer en una caja y la cortó en dos mitades. Luego, volvió a unirla. ¿Es posible lo que vi?

Xen Dao respondió:

—Viste lo que el mago quiso que vieras. La mujer nunca fue dividida en dos partes. Si sigues viendo solo las apariencias que muestran tus sentidos nunca dejarás de ser el asno que eres.

—¿Qué debo hacer para dejar de serlo?

—Saber, no creer. ¿Crees en lo que digo?

—Sí, maestro. Creo ciegamente en tus palabras.

El maestro Xen Dao resopló y dijo:

—Nunca dejaras de ser un asno.

Siguiendo y terminando con los chinos.

Fueron los primeros en contar cuentos.

En las tabernas había un narrador y, en la historia que contaba, el Mal siempre era un dragón que echaba fuego por la boca y el Bien, un caballero vestido de blanco, montado en un caballo blanco, que lo vencía.

El narrador empezaba contando algo verdadero y, de pronto, aparecía lo irreal y fantasioso.

De ahí que se diga: «son cuentos chinos» cuando se trata de una historia falsa.

O sea que los chinos fueron los primeros grandes mentirosos de la historia.

Por eso se los cree sabios. Por saber mentir mejor que nadie.

Para hacer creer que algún escrito contiene sabiduría nada mejor que acreditarlo a un chino.

¿Te parece una buena idea?

El respetable filósofo griego Zenón de Elea creó una paradoja que ha maravillado a generaciones de filósofos, siempre tan bien dispuestos a pensar en lo que no sirve para nada.

La paradoja es muy conocida y se trata de Aquiles, el héroe de la ïliada y el corredor más veloz de Grecia, y una tortuga.

Para sintetizar: la tortuga tiene una ventaja de, digamos, veinte metros.

¿Por qué Aquiles no la puede alcanzar?

Muy simple. ¿Cómo no se te ocurrió?

Porque cuando Aquiles corre veinte metros, la tortuga ya no está ahí. Está a un metro.

Y cuando Aquiles corre un metro, la tortuga está a diez centímetros.

Cuando Aquiles corre diez centímetro, la tortuga está a un centímetro más allá.

O sea: así se sigue hasta el infinito.

Con esta maravillosa paradoja, Zenón demuestra que el movimiento no existe.

Los filósofos la analizan desde el siglo 5 hasta la actualidad.

El problema de los filósofos es que no se dieron cuenta de que Zenón, hombre político, no habla de la inmovilidad en el espacio, sino de la inmovilidad de las clases sociales.

Aquiles nunca alcanza a la tortuga como el pobre nunca alcanzará al rico o el esclavo al amo.

Como Zenón vive en una sociedad esclavista, en la que el poder es controlado por una minoría parásita, realiza sus paradojas para demostrar que es im-

posible que ese tipo de sociedad sufra la menor alteración. Y se equivocaba.

No hay esclavos en Turquía, donde quedaba Elea, la ciudad de Zenón, que fue borrada del mapa.

Del esclavismo de la época de Zenón no quedó nada. Y llegará el día en que el pobre alcance al rico.

La vida no se conoce con una paradoja.

El filósofo Zenón, decidido a derrocar al tirano de la ciudad, quizás Sicilia o Elea, formó parte de una conjura.

Descubierto y detenido, fue torturado para que revelara el nombre de los conjurados. Interrogado sobre quiénes eran los enemigos del Estado, respondió dando los nombres de los amigos del tirano.

El último nombre que dio fue el del tirano.

Luego, se amputó la lengua escupiéndola a la cara del tirano, en señal de que no iba a hablar más.

Lo molieron en un mortero.

Al día siguiente, el tirano fue derrocado por el pueblo que se sublevó después de conocer el acto de Zenón.

Esta historia es muy superior a cien millones de tortugas corriendo carreras inútiles.

Hipatia fue una gran filósofa, matemática, astrónoma, maestra y figura principal de la Escuela neoplatónica de Alejandría, en el siglo V.

Escribió libros, inventó instrumentos de medición y mejoró los astrolabios.

Tuvo una enorme cantidad de discípulos, muchos de ellos convertidos en personas importantes.

El patriarca Cirilo, un furioso luchador contra los paganos y los judíos, se sintió molesto ante la capacidad y la influencia de Hipatia, que se oponía al poder religioso.

Mandó a un grupo de fanáticos a asesinarla.

Hipatia, que tendría unos cuarenta y cinco o sesenta años, fue bajada de su carruaje, arrastrada por las calles y llevada a la catedral de Alejandría.

La insultaron, la desnudaron, la violaron, le tiraron piedras hasta matarla.

Después, la descuartizaron.

Juntaron los pedazos y los pasearon por toda la ciudad en señal de triunfo.

Al final, quemaron sus restos.

En el siglo 8, el obispo copto Juan de Nikiú, uno de esos fanáticos defensores de Cristo, escribió en sus *Crónicas* que Hipatia era una bruja y había estado muy bien asesinarla.

Juan de Nikiú quiso decir: ¿Cómo vamos a dejar que viva una mujer inteligente, sabia, influyente y opuesta a la Iglesia y la religión?

La iglesia cristiana de Alejandría no hizo nada que no haya hecho la iglesia cristiana de Roma.

O sea, otro asunto de sacerdotes defendiendo la supuesta (por ellos) sagrada palabra de dios.

Sacerdotes. Tipos que hacen estas cosas, en todos los tiempos, y siempre tienen millones de fieles que están de acuerdo.

Dicen los Evangelios que Judas, por haber traicionado a Cristo, se ahorcó.

En Hechos está escrito que Judas murió al caer en un pozo de su campo, mucho años después de morir Cristo.

Los teólogos explican la contradicción: Judas, al comprender la vileza de su acción, arrepentido, se suicidó colgándose de un árbol. Pero el árbol estaba junto a un precipicio. La rama se rompió y Judas se cayó al fondo del abismo, rompiéndose la cabeza.

Hay una variante: el árbol era muy alto. La rama se quebró y Judas cayó desde una gran altura (como si cayera de un sexto piso) justo en un pozo que había abajo y se partió el cráneo.

Los teólogos nada dicen sobre si usó una escalera como la de los bomberos o si trepó hasta la rama como un mono.

Los teólogos dicen toda clase de estupideces.

Los tipos saben que las estupideces siempre son creídas por los estúpidos, que lo son porque creen en estupideces.

Simón era un pastor sirio del siglo 5 que, teniendo quince años, entró a un monasterio.

Aprendió de memoria unos ciento cincuenta salmos de la Biblia y los repetía veintiuna veces por día.

Como no conseguía aplacar los embates del demonio (que le hacía tener pensamientos malsanos sobre mujeres y hombres haciéndole tener visiones en las cuales los veía desnudos y toqueteándose), decidió probar con algo más potente que recitar los salmos sagrados.

Meditando, se le ocurrió inventar el cilicio. Su invención (que tantos servicios aportó a la salud de la población católica) consistía en una túnica hecha con pelos de cabra de Cilicia o, si no se podían conseguir las cabras, de arpillera.

La camisa resultaba muy molesta por ser demasiado áspera y era un modo de mantener la humil-

dad, la sencillez y, sobre todo, de estar atento a las tentaciones.

El cilicio, junto a unos latigazos nocturnos pegados por propia mano en la celda, logró una mejora en el alma de Simón.

Como es conocido por todo el que se que precie de ser un buen católico, para la superación espiritual nada hay mejor que una buena autoflagelación diaria en la soledad del claustro.

Simón, gran católico, no pudo contener sus pensamientos pecaminosos sobre hombres y mujeres desnudos, así que decidió mudarse a una cueva para aislarse de las tentaciones.

Como era época de milagros, la gente empezó a visitarlo porque otros monjes corrieron la voz diciendo que Simón los hacía, ya que esto daba prestigio al convento.

En la aplicación y severidad de las medidas para combatir las tentaciones encontramos la diferencia entre un católico mediocre y un católico superior.

Para Simón, miembro de la estirpe de los católicos superiores, sus acciones purificadoras no fueron suficientes. El esfuerzo del demonio por entrar en su cuerpo continuaba y debía ser combatido por medidas más drásticas.

Consideró que las visitas interrumpían sus meditaciones así que se fue de la cueva y tuvo una idea muy original: se metió en una cisterna seca y la tomó como su residencia.

No parecía incomodarlo el olor de sus orines y de sus cacas. Mucha gente pasaba por donde estaba la cisterna y no le permitían hacer la penitencia como es debido.

Por lo tanto, mostrándose muy alterado por la intromisión de los demás, empleó su imaginación para superar su aislamiento: se subió a una columna de tres metros de alto.

La gente se interesó por esta novedad y formaba largas filas para verlo, que si hubieran cobrado entrada habrían hecho records de taquilla.

Como Simón estaba decidido a hacer bien su penitencia y luchar con toda energía contra el pecado, abandonó esta columna y se subió a otra de siete metros de altura.

Al poco tiempo, le pareció medio baja y se instaló en una de diecisiete metros de altura.

Del convento lo echaron y no hubo muchas procesiones frente a la columna porque estaba demasiado alto como para que pudiera escuchar los pedidos para que hiciera algún milagro.

Además, nadie se ponía demasiado cerca porque podía orinarlos o cagarlos encima.

Hay que suponer que le alcanzarían la comida en una canasta atada con una soga o que vivía cazando pájaros.

Como sea, el buen Simón pasó treinta y siete años arriba de la columna hasta que se murió.

Se dieron cuenta de que había muerto al ver unos buitres picoteando arriba de la columna.

Su manera de hacer penitencia fue imitada por otros monjes, deseosos de combatir al demonio y se convirtió en moda.

Por supuesto que a Simón lo hicieron santo, como a los otros estilitas, que así se les llamó por las columnas de granito en las que vivían.

Y de esta manera, puede ser que al cielo llegara un grupo de santos muy originales en su forma de alcanzar la santidad o un grupo de locos, según se lo quiera ver.

El suicida es valiente o cobarde, según se mire.

La forma elegida para suicidarse señala el carácter del suicida.

El tomar pastillas es de los de carácter débil y dependiente, de gente preocupada por la apariencia;

es posible arreglarse, maquillarse y siempre existe la posibilidad de salvarse mediante un oportuno lavaje de estómago.

Este tipo de suicidas da la impresión de morirse por no ser encontrados a tiempo, y, más que suicidas, parecen castigadores de otro, como si dijeran: «Mirá que me mato por tu culpa, así que salvame antes que me muera y, después, te remuerda la conciencia y pedime perdón el resto de tu vida por haberme hecho sufrir».

Es cierto que al tomar pastillas hay muchas chances de salvarse, a menos que se sea una buena suicida y no se ponga a despedirse de la familia y los amigos por teléfono.

La tipa no tiene un revólver a mano ni quiere saltar por la ventana y correr el riesgo de aplastar a una vieja que pasa para el supermercado.

Llora porque está deprimida y justo se acordó de cuando era chica y no podía imaginar la vida que le esperaba.

Se traga cien pastillas somníferas, deja alguna carta y no asusta demasiado cuando la encuentran como si estuviera dormida.

En este caso, se puede considerar un suicidio de gente que merece ser respetada.

El que se tira a un río se arriesga a que su muerte se confunda con un accidente. Es un suicidio propicio para mujeres con inclinaciones intelectuales.

Allí va ella, caminando hacia el agua, la cabeza alta, el cabello suelto caído sobre los hombros, el vestido amplio, quizás con piedras en los bolsillos, como Virginia Woolf, abriéndose camino hacia el Purgatorio que imagina esperándola.

A esta clase de suicidas no le importa la apariencia con la que la encuentren: gorda como una vaca por el agua que la inflamó; la piel amoratada, masticada por los peces que le dejan la cara con agujeros como de viruela.

Y es intelectual porque parece propicio para escritoras como Virginia Woolf, que fue modesta y se tiró a un río, o poetas como Alfonsina Storni, que le dio un toque romántico arrojándose al mar.

Virginia fue al río que tenía cerca y se zambulló con los bolsillos llenos de piedras.

Storni viajó desde Buenos Aires, donde tenía un río al lado, y se fue a Mar del Plata para arrojarse desde una escollera a las olas del mar.

Muy espectacular lo de Alfonsina. Muy sobrio lo de Virginia. Como dije: el tipo de suicidio elegido, señala el carácter del suicida.

El que se tira desde una buena altura realiza un suicidio histriónico. Es como si esperara a los fotógrafos. Se queda ahí arriba, quieto en la cornisa, como un trapecista aguardando el redoble de los tambores. Hasta pareciera que acaban tirándose para no defraudar a los espectadores.

Rezar y suicidarse son actos íntimos.

El que vuela por el aire sin red que le espere, después que ha permitido que se junte público, es como un pobre tipo desesperado por un poco de fama, como si pensara: «Por un minuto en la televisión doy la vida».

Es un suicida vacilante porque suele quedarse a la espera de que alguien llegue y lo convenza convidándole un cigarrillo.

El cortarse las venas es el más desesperado de todos. Nadie se tajea si es que ya no da más.

El que sabe tajearse, se mete en una bañadera, abre el agua y se queda ahí, sin esperar que alguien llegue a cerrar las canillas.

Ahorcarse o pegarse un tiro es para gente dura.

Del tiro y el ahorcamiento no hay retorno. Meterse la escopeta en la boca y apretar el gatillo, como Hemingway, es decir: «Me mato y nadie se meta en lo que decidí».

A estos suicidas les importa un cuerno lo que pase después.

Le interesa matarse, no si lo encuentran bonito

Y ahí va a estar, con la soga al cuello; a lo mejor, cagado en los calzoncillos por esa reacción de esfínteres que suele haber en el instante de la muerte, o la cabeza partida por la bala, los pedazos de cráneo desparramados por el piso, el seso en el techo.

Se mató solo y programándolo: buscó la soga, el banquito que iba a patear, un buen gancho donde colgar la soga, probó que no se cortara, la puso en el cuello, pateó el banquito.

O compró un revólver, puso las balas, giró el tambor, jugó a la ruleta rusa con el cargador lleno.

Son suicidios dignos, nacidos del razonamiento, masticados con lentitud.

No se busca castigar a otros, no se trata de llamar la atención, no se esperan dos minutos de fama postrera, no se camina hacia el mar, como si estuviera protagonizando una película, se trata de matarse porque es la única solución al sufrimiento.

La señora Terildo vivía en un pueblo del sur de Santa Fe.

La señora Terildo se bañó en querosén y encendió el fósforo.

Este fue un suicidio heterogéneo.

Esta fue la sucesión de los hechos:

(a) la señora Terildo se entera que va a morirse en menos de un año porque va a matarla el cáncer;

(b) no se lo dice a nadie, ni siquiera al marido;

(c) la señora Terildo tiene una hija de tres años a la que le creció una planta de porotos en la oreja y se la sacaron. Y tiene una mejor amiga, a la que conoce desde la escuela primaria;

(d) la amiga es soltera y está destinada a ser la segunda señora Terildo, según planeó la primera señora Terildo.

(e) la señora Terildo va a comprar una damajuana de querosén una semana antes del suicidio.

Esto no llama la atención de nadie porque, en ese tiempo, se usaba querosén como combustible para las cocinas y las estufas;

(f) el señor Terildo tiene una juguetería, pero es un cazador de perdices, patos y liebres, por lo tanto tiene escopetas y balas en la casa;

(g) la señora Terildo no elige este sistema de arma de fuego para su suicidio, ¿por qué?

(1) no quiere que el cerebro se desparrame por toda la casa, la sangre tenga que ser limpiada, la encuentren con la cara desfigurada, etc.;

(2) cree que va a ser mucho más higiénico el fuego, supone que se va a quemar por completo y encontrarán las cenizas, las pondrán en una urna y las llevarán directamente al cementerio o el marido las apoyara arriba de la cómoda, junto a una foto suya en marco de plata;

(3) ignora que va a ser lento y que le va a doler;

(4) busca una muerte efectista, que nadie pueda olvidar ya que en vez de querosén, pudo comprar veneno para las hormigas y tragarse un kilo y medio, lo que hubiera sido silencioso, íntimo y olvidable, pero nadie se olvida de una mujer que se quemó viva, que es mi caso, ya que no me olvidé de ella, aunque tenía cinco años cuando se mató;

(5) la señora Terildo va a un baño en desuso, que está fuera de la casa y allí se incendia y grita con toda su alma a medida que se quema.

Por los gritos, se enteró todo el pueblo que se iba matando.

Esto la ubica en el tipo de suicidio histriónico, pero al prenderse fuego, elige el camino sin retorno y esto la coloca en el tipo de suicidio programado, decidido y diciendo: «Lo hago y nadie se meta. Me mato porque es la mejor solución al problema».

En síntesis: hay que tener los ovarios bien puestos para tirarse una damajuana de querosén encima y prenderse fuego.

Esta mujer los tuvo y merece el reconocimiento de la posteridad, lo que es una manera de decir porque a vos no te importa nada.

Pero tiene mi respeto y mi recuerdo. Porque yo era un chico de cinco años y, todavía, escucho sus gritos, a dos cuadras de distancia.

Por eso, acabo de escribir sobre ella.

Kafka representa el fracaso del escritor. Escribe obras maestras y no sabe que las está escribiendo. Ratifica esta inconsciencia al comprobar que nadie lee sus libros.

Goethe y Kafka son dos extremos del escritor.

Goethe escribe con la seguridad de que sus libros son obras maestras.

Kafka escribe obras maestras, superiores a las de Goethe, pero no lo sabe. Se convence de ser mediocre porque nadie lee sus libros.

Goethe está seguro de formar parte de lo más excelso de la historia de la literatura y comprueba esta idea sobre sí mismo y su obra cuando todos lo leen y dicen que son obras maestras.

Goethe es el símbolo del escritor exitoso. Todo lo tuvo en vida: dinero, fama, gloria, influencia.

El desgraciado Kafka no dejó de ser un abogado empleado en la aduana o algo así, que se murió sin fama, sin gloria, sin influencia.

Un perfecto fracaso.

Max Brod, pésimo escritor, pero muy astuto editor, esperó pacientemente que Kafka muriera para publicitar sus libros y así pudiéramos enterarnos de que realmente sabía escribir.

Hay que reconocer que a Brod lo acompañó la suerte al morir todos los hermanos de Kafka, asesinados en los campos de concentración nazis, acusados del delito de judaísmo.

Y no quedar rastros de los parientes lejanos que pudieran reclamar los derechos de autor.

Sin esposa ni hijos, Franz pasó a ser un negocio que a Brod le hizo ganar una fortuna.

Kafka, en vida, vendió once ejemplares de uno de sus libros y él compró diez.

Un escritor es un fracaso si escribe una gran obra y nadie se entera. Si escribe una novela mediocre y nadie la lee no es un fracaso, sino justicia.

La cuestión es que Kafka se murió creyendo ser un escritor fracasado.

No tenía ninguna medida de su talento, nadie le hizo saber que era uno de los más grandes escritores de la historia de la literatura.

Tal vez, lo que les pasó a Kafka y a Goethe tiene que ver con un sombrero.

Goethe y Beethoven paseaban. En el mismo camino se acercaba un grupo de aristócratas, en sentido contrario al que Beethoven y Goethe iban.

Beethoven pasó por el medio de ellos, sin cederles el paso ni saludarlos.

Goethe se hizo a un lado y los saludó haciendo una reverencia y quitándose el sombrero.

Fausto vende su alma al Diablo.

La historia era una leyenda muy popular en la época de Goethe.

El charlatán Faust, que, en la Edad Media, decía haber vendido su alma al Diablo, fue protagonista de incontables historias.

Lutero dijo de él que tenía poderes diabólicos y Marlowe trató de mostrarlo como un arrepentido.

Lessing intentó redimirlo y en esta idea se basó Goethe para escribir su obra.

Según Goethe, Dios perdona a Fausto el haber vendido el alma al Diablo porque lo hizo para obtener conocimientos.

Goethe escribe que es un excelso objetivo, muy del agrado de Dios.

Es una pena que ese Dios expulsara del Paraíso a Adán y Eva cuando comieron el fruto del árbol del conocimiento.

Sin duda, para Goethe, era preferible el Dios que estaba inventando que el Dios de la Biblia.

Todos los que venden el alma al Diablo, inventan un dios a su conveniencia.

Beethoven debía ser ateo o, al menos, no usaba sombrero y si lo usaba, se lo sacaba cuando a él se le daba la gana.

Fausto Goethe usaba sombrero y se lo sacaba para hacer reverencias.

En épocas actuales, para ser exitoso, no es necesario el sombrero.

Basta con una lengua diestra en lamer trastes.

Una breve disquisición sobre bebidas, borrachos y borracheras:

El alcohol se introduce en el organismo provocando un estado de sinceridad.

El alcohol no hace a las personas diferentes, no les cambia la personalidad como la droga de Jekill y Hyde. Por el contrario, las muestra como son.

Como una lupa que agiganta sus características.

El que, borracho, se inclina por llorar, es un melancólico que esconde su melancolía y que el alcohol delata.

El que se pone violento y en su vida cotidiana se muestra pacífico, es un psicópata, un lobo con disfraz de cordero, quizás un asesino.

El que canta o ríe a carcajadas cuando su apariencia habitual es seria y taciturna, es un reprimido que le teme al ridículo y acaba haciéndolo.

El que se muestra extremadamente ardiente de deseos sexuales es un lascivo escondido tras la fachada de la falsa moral.

El tipo de bebida: el rojo del vino tinto, reproduciendo el color de la sangre humana.

Beberlo es como beber sangre del otro, tener una parte del otro, compartirse. El vino, hermana.

El vuiski, dorado como el oro, bebida de la ambición, de los que desean ascender en la vida, bebida de cabaret, de lujo, de riqueza.

El champán, burbujas, burbujas efímeras, como el placer, como la vida.

El coñac, áspero y sereno, bebida posterior a una comida, compañía del café y la pipa, bebida lenta, densa, reflexiva, propia para beber en un cómodo sillón tapizado en pana y cerca de un hogar con leños encendidos.

La cerveza, rubia y superficial como las rubias de Hollywood, bebida para amortiguar el calor, siempre fría y, cuando caliente, similar a un análisis de orín en un vaso.

El anís, aroma y dulzor, como la belleza de una mujer que nos atrae igual que las aguas de un lago que termina por traicionarnos ya que, tardíamente, nos damos cuenta que fuimos atrapados por un remolino y estamos irremediablemente borrachos.

Y el vómito. El vómito es, en la borrachera, la eliminación de los deshechos materiales, símbolos de los deshechos espirituales.

El vómito del borracho es el alcohol limpiando el alma.

Ese vómito es el símbolo de la purificación, es el espíritu de Dios penetrando en el alma del hombre para arrancarle los pecados.

Un poco místico.

¿No?

Escrito en una libreta:

Mis preocupaciones de hoy:

¿Quién inventó la cama? Se sabe que en Babilonia y en Egipto las elites gobernantes las usaban. Pero se desconocen las camas anteriores. Es decir, no las había. Cuando nos acostamos ni siquiera se nos ocurre pensar que en la mayor parte de la historia de la humanidad el hombre la pasó sin cama.

Observemos que, hasta la civilización egipcia o babilónica, quizás la persa, todos los seres humanos crecieron sin haberse caído jamás de la cama.

Otra preocupación: ¿quién inventó el botón?

Se lo empezó a usar, con ojales, en los siglos 13 y 14, pero antes la ropa no tenía botones.

Esto significa que Nerón nunca se abrochó la bragueta y que a Homero nunca le quedó apretado el cuello de la camisa.

Hombres que vivían sin el trauma de haberse caído alguna vez de la cama (lo que, de forma inconsciente, como, fácilmente, el psicoanálisis podría demostrar), crea para siempre un sentimiento de inseguridad en los que se cayeron.

Y que nunca tuvieran que mirarse la bragueta para comprobar si no quedó desbrochada, formó

hombres con una vida mucho menos estresante y acomplejada.

Contesté el test de una revista.

¿Con qué árbol me identificaba?

Respondí: el ombú.

Después, supe que el ombú es el árbol sin utilidad, según la enciclopedia.

La madera no sirve en carpintería, por lo tanto, nadie tendrá nunca una silla de ombú.

Tampoco sirve para hacer fuego porque la madera no entra en combustión.

La enciclopedia aseguraba que para lo único que podía ser usado era para protegerse del sol, del frío y de la lluvia.

Me sentí muy satisfecho.

¿Y si cuando lleguemos solamente nos esperan sombras, sombras y nada más?

Y en el séptimo día, Dios descansó. Y todavía no volvió al trabajo.

Cuatro sonidos: la lluvia cayendo en un balde.

La pata de un perro rascándose la oreja.

Las maderas del piso de una casa en la que crecí crujiendo en la oscuridad.

Los ronquidos de mi papá durmiendo la siesta.

Dice Lao-Tsé:

«Quien mejor usa a los hombres procede como si fuera su inferior. Esto se llama el poder que proviene de no contender. Se llama la capacidad de usar a los hombres».

¿A quién le habla Lao-Tsé?

¿Es consejero de mujeres? ¿O en Lao-Tsé habita un espíritu femenino?

«La mayor sabiduría parece estupidez. La mayor elocuencia semeja tartamudez», sermonea este chino aconsejando la hipocresía como forma de obtener el triunfo.

Alguna gente lo considera una especie de fuente de sabiduría. A mí me parece un maquiavelo escondido entre los lotos.

Nada nos preocupa tanto como la enfermedad del prójimo.

No porque lo amemos, sino porque imaginamos que podemos enfermar de lo mismo.

Los asesinos, los ladrones y las prostitutas son los únicos que hacen lo que todos quieren hacer y no se animan.

Dios hizo al hombre con el único objetivo de que admirara su Creación.

Son pocos los hombres que, cualquiera haya sido el rol que deben interpretar en la vida, pueden vivir cada acontecimiento en forma intensa convirtiendo lo más común en un hecho extraordinario.

Es como una obra de teatro y uno actores.

El libreto está escrito y los personajes ya han sido determinados.

Los actores llegan y se colocan los trajes.

Uno será general, pelado y bisexual, derrotará a los celtas y conquistará la Galia Transalpina y saldrá de escena cuando lo maten a puñaladas en el senado romano.

Otro viajará bastante, escribirá un libro sobre un viejo y un pez y se pondrá una escopeta en la boca y se volará la cabeza.

Una tendrá visiones, se vestirá de soldado, peleará en las batallas y la quemarán en la hoguera.

Otra será bailarina, danzará desnuda y morirá ahorcada por su propia chalina enredada en las ruedas de su automóvil.

El autor de la obra escribió muchos papeles, infinitos papeles para infinitos actores.

Este será mecánico, aquel carpintero; este trabajará en la fábrica, aquel será ladrón; este vivirá enfermo, aquel morirá de niño.

El libreto está escrito, los papeles están determinados. El director sólo dice: «Hágalo a su gusto, improvise el diálogo, pero haga lo que haga su final será el mismo porque así ha sido escrito».

El actor se ha puesto el traje de vendedor de tractores. No le ha tocado ser el general que conquista las Galias ni el papel de quien escribirá el libro sobre el viejo y el pez.

Es un mal actor y nadie nota su interpretación.

Este otro se queja porque no le dieron el mejor papel. Sufre y envidia y pierde los días pensando que él debió ser el general que conquistó la Galia.

Y un tipo nace en un pueblito, es petiso, pelado y rengo. Nada envidiable. Parece.

Sin embargo, el tipo tiene unas caja de fósforos, corta la cabeza de los fósforos, los pega con cola, los cubre con laca y, ¡ah!, aparece un molino.

Ahora sabés la diferencia entre unos y otros.

La diferencia es el talento para convertir fósforos en molinos o escribir un libro sobre un viejo y un pez.

Si Julio no hubiera conquistado la Galia, otro lo hubiera hecho.

Julio seguía el libreto y no improvisaba.

Un par de borrachos ven pasar a una chica por la vereda de enfrente, le gritan groserías, siguen bebiendo y se van a sus casas caminando como si pisaran un bicho con el pie derecho y otro bicho con el pie izquierdo.

Un día después, otros borrachos ven pasar a la misma chica por la vereda de enfrente y componen «Garota de Ipanema».

Si los ochocientos hombres de la Guardia Consular que dieron su vida para sostener a un ejército derrotado y si Desaix no hubiese destruido a los austriacos, Napoleón no se hubiese llevado, él solo, la gloria de miles de hombres.

Si Napoleón no hubiera conducido al ejército francés, otro hubiera ocupado su lugar.

La historia hubiera seguido su marcha con o sin Napoléon. Atila, Hitler, Lenin o Bolívar, son la personificación de la voluntad de miles de hombres.

Sin Churchill o De Gaulle, otros hubieran ocupado sus lugares y, tarde o temprano, todo hubiese sido igual.

Pero allí está el pintor. El lienzo está en blanco, el pincel en su mano, los colores en la paleta. Está solo. Está viendo lo mismo que los otros ven. Pero él es el único que lo ve de otro modo.

Es magia o lo parece.

En el lienzo, con un pincel sucio de pintura, el pintor ha pintado *Las Meninas*.

Un hombre sordo compone *La Novena Sinfonía*.

Un borracho de Boston escribe *El cuervo*.

Denle a un hombre un millón de soldados, veinte mil cañones y mándeselo a la batalla que alguna cosa hará.

Denle a un hombre un papel o un editor de textos. ¿Y qué hará?

Si tiene talento, sabrá qué hacer.

De lo contrario, irá a las redes sociales a insultar a los que hicieron lo que él nunca podrá.

Tenemos el concepto del tiempo como si fuera algo externo a nosotros.

No parecemos comprender que el tiempo está en nosotros, dentro nuestro, como un reloj que avanza

hasta cierta hora, se detiene y retrocede. No es que estemos rejuveneciendo, nos estamos destruyendo, lentamente, al paso de las horas que retroceden, retrocedemos para volver a convertirnos en nada, en la nada de la que surgimos.

Llega el día en que nos miramos en el espejo y nuestra cara tiene una marca que antes no tenía, nuestra cara ha comenzado a ser destruida por el tiempo, ahí está la arruga, como una cicatriz de una herida que nos hizo la vida.

Llega otro día en que subimos las escaleras con menos agilidad con que lo hacíamos; nuestras piernas también comienzan a ser destruidas por el tiempo. Nuestra vista, nuestro cabello, nuestros intestinos, nuestro hígado, nuestros dientes que se llenan de caries y se parten como madera podrida, todo es destruido por el tiempo.

Como esas ruinas de los templos griegos.

Como millones de libros que desaparecieron para siempre.

Como cientos de miles de millones de hombres y mujeres de quienes nadie tiene memoria y que, alguna vez, se parecieron a nosotros, amaron, odia ron, sufrieron, gozaron y un día advirtieron la arruga

en su cara o el diente cariado o las piernas lentas o la caída del pelo.

Envejecieron, murieron, fueron nada otra vez.

Un recorrido inexorable.

No hay otro.

Cortás una flor.

La ponés en un florero.

Queda bonito. Es una linda flor.

Murió cuando la cortaste.

En tu florero no hay una flor.

En tu florero está el cadáver de una flor.

De la vida nadie se va sin pagar sus deudas. Y la vida no usa billetera. Pero cobra con usura.

Toda tu vida fuiste dueño de algo.

«Tu novia», «tu esposa», «tu amigo», «tu papá», «tu mamá», «tu cama», «tu pantalón».

¿De verdad sos dueño de todo eso?

Siento curiosidad: ¿cómo vas a meter todas tus posesiones en el ataúd?

Amantes. Mujeres y hombres. Amantes.

Matrimonios embebidos en falsedad.

Hipócritas simulando amor y fidelidad.

Nadie puede rebatir lo que digo.

¿Acaso sos fiel?

Te hablo a vos, mujer busca penes.

Te hablo a vos, varón busca vaginas.

Hablan de amor.

Se aman por un rato.

Era un amor falso.

Mujeres y hombres son falsos.

La mayor falsedad es la infidelidad.

El engaño a la persona con la que se decidió compartir una parte de la vida.

Conocí cientos de mujeres que se acostaban con otros y paseaban tomando del brazo a sus maridos, yendo a una de esas aburridas comidas dominicales, consideradas de tipo familiar.

Maridos y esposas con amantes, sonriendo en una foto con su esposa en el estúpido viaje de vacaciones al balneario al que eligen ir todos los años, como corresponde a un matrimonio burgués.

Una condición de todo matrimonio que se precie de estar formado por buenos burgueses es actuar la farsa de manera convincente.

Algunos chupan golosamente las tetas de la vida y la ven como una inmensa torta de crema a la que hay que devorar hundiendo la nariz.

Otros son distintos y miran la vida por el lado del culo y siempre le encuentran hemorroides.

Es un mundo desparejo: una parte está cubierta de miel y otra de mierda.

Hay hombres y mujeres que son como la manteca. Y hay hombres y mujeres que son como un árbol.

Sacás la manteca de la heladera, te la olvidás sobre la mesa.

Volvés muchas horas después. Se derritió.

Decís: «Qué pena» y la tirás a la basura.

El árbol resiste la lluvia, la sequía, la nieve, el frío, el calor, el viento.

Y cuando muere, muere de pie.

Si lo talan, el hachero se quita la camisa, gasta todas sus energías, se baña en sudor y, recién entonces, puede voltearlo.

El árbol cae, pero en la tierra deja sus raíces y un pedazo de él mismo.

No te sirve alguien de manteca.

En cualquier momento, se derrite y si tu mano busca apoyo, vas a encontrar una masa grasosa.

A tu lado: alguien que sea como un árbol.

Siempre estará ahí y te podrás apoyar con la certeza de que no va a trastabillar ni te dejará caer.

No te olvides de lo que digo. No es un consejo. Es contarte lo que aprendí.}

Te habituaste a la locura ajena y a la propia.

Al mal ajeno y al propio.

El mundo es un sitio horroroso.

Es el mundo que ayudaste a construir.

Es posible que no hayas sido el arquitecto ni el albañil.

Y hayas sido uno de esos tipos que se paran a mirar cómo otros construyen un edificio.

Hayas hecho lo que hayas hecho, sos uno de los responsables de que este sitio sea inmundo.

¿Qué es lo importante: el hecho o la víspera?

La excepción de lo importante es el mito.

El mito es la ficción de la historia. Una invención.

Hasta podemos creer ser la excepción y pensar que hacemos lo que queremos o, mejor y más ético, pensar que hacemos lo que debemos.

Eso es pedantería.

¿Qué decidiste en tu vida?

Me refiero a lo importante, lo sustancial, no si cambiaste de novio.

Decidiste:

¿El día que naciste?

¿Quiénes iban a ser tus padres?

¿Qué nacerías rico o en la miseria?

¿Decidiste el día de la muerte de tu padre o de tu madre?

¿De tu hijo?

La única forma en que pudiste decidirlo es haberlos asesinado. ¿De qué otra?

Escuchaste decir: «Todo se puede».

¿Qué se puede?

¿Qué puede hacer un gusano como vos?

¿Llegar a ser una estrella de la música y morir reventado por la droga que consumiste por no soportar ser una estrella de la música?

¿O ser una de esas viejas estrellas del cine a las que nadie recuerda?

¿Vos lo decidiste?

Gusano, lo único que hiciste en tu vida fue ocupar el lugar que otro tipo te dejó.

Hacía falta alguno y, justo, estabas cerca.

Ese es tu mérito: andar cerca.

Y que te eligieran para suplantar al tipo.

¿Creés que, si te lo propusieras, serías un nuevo Jesucristo?

Bajo de nivel y te pregunto: ¿creés que podrías ser un Leonardo Da Vinci?

¿Y qué te propusiste ser?

¿O no podés?

¿Vivir en este mundo lleno de políticos corruptos, asesinos y ladrones; de sacerdotes hipócritas; de injusticias; de miseria; de hambre; de guerras?

Vos, mujer, conseguiste un hombre.

¿Conseguiste lo que querías? ¿Ser una cornuda infeliz?

Vos hombre, conseguiste una mujer.

¿Conseguiste lo que querías?

¿Ser un onanista de internet y pasar el día mirando culos de otras mujeres?

Omnipotencia, enorme soberbia del «yo puedo», del «sueñen que los sueños se cumplen».

¿Soñás con comprarte una casa y un auto?

¿Con tener muchos likes en alguna red donde pusiste unas fotos a la que le ponés filtro para disimular tus grasas, estrías, várices y celulitis?

Si sos de esos que dicen que los sueños se cumplen y no soñás con acabar con el sufrimiento de los que padecen hambre, valés una cagada de oveja.

Los sueños son como la zanahoria colgada delante del burro.

El burro nunca la alcanza, pero el querer hacerlo lo hace caminar.

filosofía metafísica

¿Qué es el Todo?

Lo contrario de la Nada.

¿Qué es la Nada?

Lo contrario del Todo.

Lo que existe es Todo.

Lo que no existe es Nada.

Todo lo que existe debe tener un comienzo y un fin. De lo contrario, deja de ser Todo y es Nada, ya que lo que no tiene principio ni fin no existe y lo que no existe es Nada.

De esto se desprende que el Todo es Todo lo que tiene principio y fin.

Pero si tiene principio y fin, ¿dónde comienza y dónde termina?

Si comienza en la Nada quiere decir que la Nada es Algo y si es Algo no es Nada y es Todo.

Y si es Todo no es Nada.

Si el Todo termina en la Nada, volvemos a caer en idéntica cuestión: la Nada es Algo y si es Algo no es Nada, sino Todo.

Por lo cual, la Nada ¿es Nada o es Todo?

Si es Nada, el Todo no puede comenzar y terminar en Nada. Si el Todo no comienza y termina en la Nada sigue siendo Todo.

Si el Todo no tiene principio ni fin, definitivamente, la Nada es una abstracción mental absurda e inútil, ya que solamente hay Todo y solo en el Todo debemos pensar.

Pero si el Todo no tiene principio ni fin, cada Cosa que compone el Todo tampoco tendría principio ni fin, ya que si los tuviera no sería Todo.

Y si los tuviera serían un principio y un fin relativos a otro principio y otro fin y así sucesivamente hasta alcanzar, ¿qué principio y qué fin?

Si el principio y el fin de cada Cosa sería el mismo, Todo, al carecer de principio y fin, provocaría que todos sus componentes, la Cosa, tampoco los tuviera.

Y si la Cosa tuviera un principio y un fin propios, no sería Todo, que no los tiene, y no podría la Cosa no podría ser Todo porque sus características esenciales (principio y fin) no serían iguales. Con lo cual, la Cosa no es Todo y es Nada.

Si es Nada, la Cosa no existe porque la Nada no existe.

Si la Cosa careciera de principio y fin, sería Todo y, al igual que el Todo, al no tener principio ni fin sería eterna.

Eterno es lo que no tiene principio ni fin. El Todo no los tiene, por lo tanto, es Eterno.

La Cosa, si no es Nada y es Todo, no tiene principio ni fin, por lo tanto, es Eterna.

El hombre es Cosa, pero el hombre tiene principio y fin. Si los tiene, no existe. Si no los tiene, es Eterno. El hombre no es Eterno, por lo cual tiene principio y fin.

Como hemos visto, lo que tiene principio y fin no es parte del Todo. Si el hombre no es parte del Todo, ¿qué es?

Si no es parte del Todo, es Nada. Al no existir la Nada, el hombre no existe.

Sin embargo, el concepto de Todo fue creado por el hombre y si el hombre no existe, tampoco existe lo que el hombre piensa. Por lo tanto, el Todo no existe. Si el Todo no existe, es Nada. Si la Nada, como vimos, no existe, tampoco existe el Todo.

Al no existir nada, yo, hombre, no existo.

Si no existo, no pienso. Si no pienso, no he escrito lo que usted está leyendo. Si no lo he escrito, usted no lo puede estar leyendo. Si lo está leyendo

es porque usted está pensando que lo está leyendo. Si está pensando, usted existe.

Si usted existe, como ya lo ha comprobado, usted no tiene principio ni fin.

Si no tiene principio ni fin, usted es Eterno.

Si es Eterno, no siendo Todo ni Nada (que no existen) usted es a quien los filósofos y los sacerdotes han llamado, durante miles de años, Dios.

¿Le resulta sorprendente que le haya dicho que usted es Dios?

No sé qué decirle. Usted me está pensando. Supongo que vengo de algún oscuro rincón de su inconsciente a recordárselo, ya que, por lo visto, usted lo había olvidado.

Debe enfrentar la realidad: usted es Dios.

Y ahora que sabe que es Dios, ¿qué piensa hacer?

retazos

Es una niña.

Deja las huellas de sus manos en el barro.

El sol seca el barro y quedan sus manos grabadas en la tierra.

Las mira con orgullo.

Ella es parte de algo mucho mayor a sí misma.

Gente que no llegará a conocer verán las huellas de sus manos y se preguntarán: «¿Cuál es el nombre de esta niña que dejó sus huellas en la tierra?»

La lluvia cayó nuevamente.

Sus huellas desaparecieron.

Alguien pisó sobre ellas y en el mismo sitio donde estuvieron quedó la tierra húmeda, levemente hundida con la huella del tacón de un zapato.

Así comenzó a saber que no era más que la hoja de un árbol cayendo reseca y levemente empujada por la brisa hasta desaparecer sin que nadie se haya dado cuenta.

Una hormiga carga el trozo de una hoja, mucho más grande que ella. La hormiga avanza un paso retrocede; avanza dos pasos, retrocede uno.

Llega a la entrada del hormiguero.

Poco a poco, entra con la carga.

Y desaparece.

¿Pudiste escuchar el sonido de sus pasos?

¿El crujir de la hoja?

¿No escuchaste nada?

Es una pena que estés sordo a las extraordinarias cosas que ocurren a tu alrededor.

Una hoja seca, amarillenta, cae del árbol. Junto a ella, hay muchas otras.

Un susurro.

Son ellas.

Están recordando.

El susurro dice de la rama en la que nacieron, del frescor del rocío y el calor del sol; de las finas gotas de lluvia y la suave brisa meciéndolas; del pájaro que se detenía entre ellas y cantaba su alegría.

No escuchás el susurro.

Pasás sobre ellas.

Si prestaras atención, fácilmente podrías oír cómo crujen bajo tus pies.

Es su último lamento.

Parece que a nadie le importa.

Como si solo fueran hojas marchitas.

Abril, mayo, junio, julio son meses, semanas, días, horas, minutos, caminos como puntos de luz que desaparecen cubiertos por nuestras sombras.

Sin embargo, en ellos algo se ha formado, escala el aire, se propone alcanzar la nada.

La memoria lo atrapa.

No durará demasiado.

Pende de un hilo muy corto, apenas la vida de un hombre.

Después, caerá definitivamente, hecho añicos.

Para eso nació, para ser destruido.

Nada puede hacerse para convertirlo en eterno.

No es su destino.

Hablo de uno de esos sucesos insignificantes en la infinitud del universo, perdidos en la perpetuidad del tiempo.

Una hoja de papel.

La cortás en cuatro pedazos, luego, en ocho, en dieciséis, en treinta y dos, en sesenta y cuatro.

Soplás. Los pedacitos se desparraman.

Caen al piso.

Alguien los junta con una escoba y una pala.

Los tira a la basura.

Eso es tu vida.

Era una bella rosa amarilla y la suave mano de una dulce mujer la colocó en un estrecho recipiente de fina porcelana blanca.

La rosa, llena de vanidad, se sentía orgullosa.

La rosa pensó:

«Fui elegida entre todas las rosas porque soy la más hermosa y he sido ubicada aquí para que todos gocen contemplando mi belleza y percibiendo mi aroma».

De pronto, vio, al otro extremo de la habitación, en un recipiente semejante, a otra rosa, de idéntico color.

Al verla, sintió como si una suave brisa la acariciara y una fina llovizna la refrescase.

La rosa amarilla estaba enamorada.

«Al verme, se enamorará de mí», se dijo.

Las horas pasaban y no lograba percibir ni el más mínimo murmullo ni el perfume de la otra rosa.

Día tras día, la rosa amarilla se desesperaba intentando hablar con la otra rosa, pero esta se mantenía indiferente y distante.

La rosa amarilla sintió que algo le sucedía.

Se sentía cansada.

Le costaba mantenerse erguida. Perdía su color y en sus pétalos aparecían manchas marrones.

Mientras esto le ocurría, la otra flor, en el extremo opuesto del cuarto, permanecía siempre idéntica, bella y perfecta, sin la menor alteración, como si el tiempo no la rozase.

Y al fin, la rosa amarilla se dobló hacia adelante.

Ya no despedía el mismo aroma y había perdido su color.

Sintió que la tomaba del tallo la misma suave mano que la había depositado en el recipiente de porcelana blanca.

La mano la dejaba sobre la mesa.

Volcaba el agua del recipiente, lo llenaba otra vez y, en el mismo sitio donde ella había estado, otra rosa amarilla ocupaba el que había sido su lugar.

Antes de ser arrojada al recipiente de los desperdicios, la rosa amarilla miró por última vez a la otra rosa amarilla, la perfecta e intacta rosa amarilla, y pensó:

«Solo deseo que no me vea así, vieja y marchita mientras ella sigue siendo joven y fresca».

La desgraciada rosa amarilla murió sin saber que se había enamorado de una flor artificial.

Sentado en la mesa de un bar, escribí en una servilleta de papel:

La fragilidad de los sueños y la inutilidad de planificar el propio destino pudo comprobarlo al quedarse completamente solo en el andén.

El tren se había perdido de vista y podía ver el camino infinito de las vías conduciendo hacia un sitio completamente desconocido.

Tan lejano que era imposible de alcanzar.

Después, hice una bolita con la servilleta de papel, la dejé en el cenicero y, con la cucharita, la mojé con café.

Ya no pudo leerse lo que había escrito.

No valía la pena.

Tu mundo desaparece.

Tus ojos no ven cómo se hace pedazos, igual que esos meteoritos que estallan en el cielo.

Tus oídos no escuchan el ruido que producen los pedazos que se desprenden, como en los glaciares cuando llega el tiempo de deshielo.

Tu olfato no huele las cenizas, como las que caen del volcán que entró en erupción.

Tu tacto no toca el vacío que va quedando, como el de los cuartos de las viejas casas abandonadas.

Tu gusto no percibe el sabor amargo de la despedida definitiva, como un largo trago de bitrex.

Otro mundo surge a tus espaldas.

No te des vuelta.

Es mejor que sigas creyendo que tu mundo todavía existe.

¿Por qué suceden las cosas?

No hay explicación. Solo suceden.

A lo mejor, es la vida que quiere que sea de ese modo.

¿Quiénes eran todos estos que me rodeaban?

No conocía a ninguno.

No me importaba saber nada de ellos.

Ni a ellos de mí.

¿Qué clase de ciudad era esta?

¿Por qué no estaba en medio de un campo con ese pesado olor a tierra y yuyos de las noches de verano, tirado a lo largo, en el suelo, boca arriba, mirando el cielo gigantesco y esperando pacientemente el paso de una estrella fugaz?

Tenía la certeza de encontrarme en medio de un caos infinito. Miré hacia arriba.

El cielo estaba cubierto por el reflejo de las luces y esa neblina contaminada que sobrevolaba todo el tiempo la ciudad.

Apenas se veían algunas estrellas, como luces de linternas con las pilas a punto de gastarse.

Me acordé de otro cielo, claro y estrellado, y las tres María y la luna plateada y llena donde una vieja comía uvas.

¿Qué esperaba para irme a cualquier sitio desde el que pudiera ver un cielo como ese?

No dejaba de ser contradictorio en alguien que disfrutaba de los días nublados o lluviosos.

O no era nada contradictorio y días grises y lluviosos o de cielos inmensamente celestes o cubiertos de infinitas estrellas significaban lo mismo.

Todo transmitía la totalidad de la belleza del universo y se descargaba sobre mí en forma de gotas de lluvia, de la potente luz del sol o de la delicada suavidad de la luz de la luna.

Lo mejor del tiempo y el espacio siempre ocurría aquí abajo. Y, justamente, en este sitio estaba yo, para aprovechar la porción de tiempo y espacio que me asignaron el día que nací.

¿Cuántas veces dijiste: «Te amo»?

¿Cuántas veces te dijeron: «Te amo».

¿Cuánto duró el amor que sentían por vos?

¿Cuánto duró el amor que sentías?

¿Estás seguro de que amaste?
¿Estás seguro de que te amaron?
¿Te animarías a apostar?
La moneda está en el aire.
¿Cara o seca?

Hay amores que son como huracanes.
Otros como una inmensa ola.
Otros, como una llovizna tenue.
Y otros como el pis de un perro.

Las tentaciones a retroceder forman parte de una secuencia.

Yuyos quemándose, tramperas, más allá, fuera de tu vista, se intuye el abismo.

La secuencia te lleva de una a otra cosa.
Avanzar, retroceder.
Estás en un basural.
Es el sitio que te corresponde.
Avances o retrocedas, tu final es el mismo.
Desaparecerás en la total oscuridad.
Es inevitable.

Si te preguntás para qué vivís y te hacés ese tipo de preguntas, te digo para qué viví yo.

Para andar teniendo sexo, emborrachándome, fumando, apostando en los casinos y en los hipódromos, jugando a los naipes, comiendo lo que sé me daba la gana, hablando hasta el amanecer con amigos, metiéndome en el agua de un mar o en el de la bañadera de mi casa con las mismas ganas, comer helados de granizado y frutilla, panqueques de dulce de leche, frutillas con crema chantilly, milanesas a la napolitana y pizzas

mirar a Audrey Hepburn, sentada en una ventana, cantando *Moon River,* en *Desayuno en Tiffany*'s

ver a Fred Astaire y Eleanor Powell bailando, a ritmo de tap, «Beguine the beguine», en *Melodía de Broadway*

observar cómo Élizabeth Vigée-Lebrun pintó a su hija Julia en el cuadro *La bañista*

mirar a Stan Laurel y Oliver Hardy subiendo el piano por una escalera, en *The music box*

leer «Encender un fuego», de Jack London y la «Oda a la inmortalidad», de William Worswoorth

escuchar el «Coro a boca cerrada» y a María Callas cantando "Un bel di, vedremo", de *Madame Buterfly*, de Puccini; ver a Charles Chaplin haciendo un dúo de piano y violín con Buster Keaton, en la película *Candilejas*

escuchar *Que reste t-il de nos amours* mientras llovía

mirar a Vivien Leigh diciendo: «Después de todo, mañana es otro día», en *Lo que el viento se llevó*

ablandar una naranja, hacerle un agujero con el dedo y chupar el jugo

gambetear al arquero y meter el gol pateando despacito

levantar la cabeza y, mirando el cielo, ver una estrella que titilaba a lo lejos

respirar hondo y oler el profundo aroma de la tierra después de la lluvia

y siempre y en toda circunstancia, hacer todo lo que debe hacer alguien que entendió para qué se vive.

¿Entendiste para qué se vive?

Y eso que te lo acabo de decir.

Los veo. Se miran. Se ignoran. Hablan.

¿Tiene sentido lo que dicen?

Lo que se escucha suena como frases vacías.

Como si ninguno de ellos tuviera nada para decir. O no tuvieran nada para decirse entre ellos.

Una barrera infranqueable nos separa.

Es un muro muy alto.

Hay centinelas sobre el muro.

Estoy con ellos, pero no soy como ellos.

Se preguntan qué hago en este sitio?

¿Se preguntan ellos qué hacen en este sitio?

Y esos niños que corren, ¿se sienten parte de ellos? Al crecer, ¿serán como ellos?

¿Llegará el día en que se pregunten quiénes son realmente?

Todos son tan ajenos a mí como el Taj Mahal.

Aquí estoy, cerca.

Sin embargo, penetra bajo mi piel la sensación de estar infinitamente lejos.

Palabras. Nada de lo que dicen me interesa.

¿Les interesa a ellos lo que se dicen los unos a los otros? ¿De verdad creen tener algo que ver entre sí? ¿O son actores representando una ficción en la que cada uno dice ser parte del otro?

Habitan un sitio en el que se debe caminar con precaución. Por momentos, dan esa sensación: la de estar prevenidos.

Como si un movimiento en falso pudiera perjudicarlos. Como si le temieran al otro.

¿Cómo pueden estar juntos si se temen?

¿O el temor los une?

No es tarea fácil andar entre ellos.

De todos modos, en cualquier sitio se puede ser.

Ellos, no sé qué son. Tampoco ellos lo saben.

Todos actúan como si no hubiera nada más.

El planeta, el universo está aquí.

En este sitio está el comienzo y el fin.

Más allá no hay nada.

El tiempo y el espacio han desaparecido y esto es todo lo que hay.

Como si estuvieran eternamente fijos en este instante.

Sus odios, sus alegrías, sus dolores.

Los creen permanentes.

Mientras, adelante nuestro, el tiempo nos arrastra con una cuerda invisible llevándonos a sus confines, donde llegaremos convertidos en partículas lo suficientemente pequeñas como para extraviarnos definitivamente y convertirnos en nada.

Si el cielo y el infierno existen, solo te queda esperar qué sitio te toca.

Tuviste la opción de ir a uno u otro.

Vos decidiste.

Creo que ya sabés adónde vas a ir.

Es posible que tengas alguna esperanza.

Aunque no te sirva de nada.

Una chica dice que solo es una chica, de pie frente a un chico, pidiéndole que la ame.

Otra chica, a la que se le derrumbó el mundo en que vivía, dice que todo lo grave que le ocurrió lo pensará mañana.

Una tercera chica desciende del taxi con su vestido negro, el collar de perlas, los anteojos oscuros ocultando las ojeras por la agitada noche anterior, se detiene frente a la vidriera de Tiffany´s; mira las joyas y, de una bolsa de papel, saca un croissant y una taza plástica con café; desayuna de pie, delante de las joyas.

Escenas que permanecen en el recuerdo de algunos. Escenas.

Eso es todo lo que te queda cuando recordás tu vida. Escenas.

No las protagonizan esas chicas, sino vos. Son tus escenas. Momentos que recordás como si se tratara de una película.

Pero tu vida no fue una película. Fue tu vida.

Escenas.

Tu padre sentado a la mesa, toma un vaso de vino. Tu madre llena el mate con agua. Tu novia de entonces sonríe. Tu maestra entra al aula.

Escenas.

Hay otras.

Algunas, breves. Otras, más largas.

Esas escenas son todo lo que te queda.

Subís a un tren, sacás la cabeza por la ventanilla, movés la mano saludando al que fue a despedirte.

Te alejás.

Te acomodás en el asiento.

A lo mejor, volvés.

A lo mejor, te quedás con el recuerdo de la mano alzada del que te despidió ese día.

En ese momento, no lo sabés. Lo sabrás después.

Cuando la decisión que tomaste resulta irremediable y ya no hay vuelta atrás.

¿Cómo saber en qué instante se llega al borde?

Del mismo modo en que la luz de un reflector se enciende de repente sobre nuestros ojos enceguecióndonos, así aparece ese instante.

Y descubrís que llegaste al borde.

En algunos momentos, tuve la sensación de ser su partenaire en un baile que no quería bailar.

Me refiero a la vida.

Sé que el tiempo destruye.

Sin embargo, aún una hoja seca, amarillenta, caída de un árbol, puede resultar hermosa. Hasta más hermosa que una verde hoja de primavera.

La fría belleza de un maniquí de nada sirve.

Tiene que haber algo más.

Algo que sea como el viento que empuja al velero. Una fuerza interna, una inteligencia que sea capaz de crear, de imaginar.

El tiempo destruye el cuerpo, pero no puede dañar esa fuerza que nace de lo más hondo del ser.

Por el contrario, la fortifica.

No todos la tienen. Solo unos pocos.

Los elegidos.

Los que nacen para cumplir un destino distinto al de todos.

No hay forma de cambiar el destino. No hay forma de ser sino aquello para lo que se nació.

Tenés un lazo alrededor de tu cuerpo.

No podés verlo ni tocarlo.

Es invisible e insensible al tacto.

El lazo te ata a la vida.

Con ese lazo te arrastra y te lleva para donde ella quiere.

Pulgarcito tiro piedritas para marcar el camino y poder regresar al punto de partida.

La segunda vez, arrojó migas de pan.

Se las comieron los pájaros.

Pulgarcito no supo qué camino tomar.

¿Con qué marcás tu camino?, ¿con piedras o migas de pan?

No te preocupes.

Es un camino que va.

No hay regreso.

En la vida hay golpes que duelen.

Un martillazo en el dedo cuando clavás un clavo.

Una patada en un partido de fútbol.

Una caída por una escalera.

Un choque de tu nariz contra una puerta.

Dolores del cuerpo.

Pasan.

A la mayoría, ni los recordás.

Hay otros dolores.

Los más graves.

Son los dolores del alma.

Martillazos en el alma.

No se van como un chichón o los cinco puntos que cerraron la herida en la cabeza.

Estos golpes son tan duros.

Tan duros.

Duelen para siempre.

Aunque los olvides por un tiempo, regresan.

Dolores del alma.

Los sentí.

Nunca me abandonan.

Y no sé cómo describirlos.

Solo se sienten.

Los siento.

Como martillazos en el alma.

Pedir perdón

A todos aquellos a los que hemos perjudicado.

A todos aquellos con los que fuimos soberbios e intolerantes.

A todos aquellos que abandonamos sin despedirnos ni ofrecernos por si algo precisaban.

A todos aquellos que amamos.

Por haberles mentido; por haberlos desilusionado; por nuestro mal humor; por nuestra falta de compañerismo; por no haber sido capaces de comprenderlos; por no haberlos cuidado como debíamos; por no haberles mostrado nuestro amor; por privarlos de nuestros besos y caricias; por no mostrarnos como realmente somos; por no haber sido más buenos.

A todos aquellos que sufren. Por no hacer nada por ellos.

A todos aquellos que nos dieron su amor y no supimos recibirlo ni retribuirlo.

A todos aquellos que nos cuidaron, nos quisieron, se sacrificaron por nosotros y han muerto. Y nunca, siquiera, les llevamos, una flor.

El mundo es otro.

Todo lo que fue, comienza a no ser.

Muchos se quieren aferrar con pies y manos a la columna que se derrumba.

Otro mundo aparece triunfante.

Como otros mundos hicieron con los anteriores, también este destruirá lo que se le oponga.

Hombres, mujeres, formas de vida, desaparecerán sin dejar rastros.

Solo quedarán algunos hechos dudosos, que nadie sabrá en qué año ocurrieron y quedarán nombres que parecerán reales o ficticios.

Las cosas, sencillamente, pasan.

Llega un momento en que todo es diferente.

Pero nadie recuerda por qué todo es diferente.

Solo pasó.

Las cosas comienzan a acomodarse de una manera distinta. Como si con las mismas piezas del rompecabezas se armara otra figura.

Y el que lo arma es un niño que acomoda las piezas por azar.

¿Por qué nacemos?

Por azar.

Bien pudo no haber ocurrido.

Ese espermatozoide pudo no haber alcanzado al óvulo.

Pero lo alcanzó.

¿Por qué morimos a determinada hora de determinado día de cierto año?

Bien podríamos morir en otra hora, otro día, otro año.

Nada tiene una razón de existir ni una razón de no existir.

El hombre nunca descifrará el misterio de la vida y de la muerte.

El secreto solo lo conocen la vida y la muerte.

Y eso no nos resuelve nada.

En la vida no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede.

La vida decide tu camino.

No hay excepciones, aunque, a veces, lo parezca.

Tu vida puede extenderse días, meses, años.

Extenderse hasta el límite inexorable.

Una frontera que nadie atraviesa.

Un obstáculo que ningún ser viviente puede vencer. Hasta ahí vas a llegar.

Es inexorable.

En ese sitio desaparece tu maldad o tu bondad.

El límite está ahí.

Y no podrás dar un solo paso más allá.

Hubo bestias rondando las calles.

Bestias salvajes.

Nadie los detuvo.

Los dejaron hacer.

Más adelante las encerraron en jaulas.

No era suficiente.

Tanta atrocidad merecía mayor castigo que estar en una jaula cómoda, con buena alimentación y sin arrepentirse de nada.

¿De qué podían arrepentirse?

Eran bestias.

No conocían el arrepentimiento.

¿Sabés de quiénes estoy hablando o sos otro de los estúpidos que no entienden nada?

No me contestes.
Sé que sos un idiota.

Mientras las gotas de lluvia se deslizan sobre el vidrio de la ventana, atrás la oscuridad de la noche deja que el viento la recorra arrastrando sonidos que trae desde remotos lugares.

Quejidos, llantos, susurros angustiosos, voces cargadas de desesperación.

Entre esos sonidos que el viento lleva, estarán tus sonidos.

Los que dejes, cuando penetres en la oscura eternidad de la noche.

La vida y la muerte están separadas por una delgada pared en la que hay una puerta que se mantiene constantemente abierta.

Basta atravesarla y se deja de estar vivo para convertirse en muerto.

¿Qué es el dolor?
No hablo de ese dolor del martillazo en el dedo.
Hablo del dolor.

¿Sentiste el dolor de perder padres, hermanos, hijos, esposo, esposa?

¿Y qué es ese dolor?

No sé definirlo.

No sé cómo explicarte lo que sentí cuando perdí un padre, una madre, un hijo.

Tampoco sé cuánto dura el dolor.

Hablo de mí.

Aún me duele haberme quedado sin padres.

Y no hay forma de frenar siquiera un poco el dolor por mi hijo perdido.

Viví cubriendo esos dolores.

Pretendí no tenerlos en cuenta.

Sin embargo, reaparecen repentinamente.

Hasta el dolor por mis dos perros muertos, que dormían al lado de mi cama y me despertaban en la noche cuando, en el fin de sus días, se sentían mal y era como un pedido de ayuda o una despedida porque intuían que se iban de mi lado.

Me hice viejo y ese dolor suele calmarse al recordar cuando ellos, los que amé, sonreían y reían y sus voces sonaban alegres y eran mi alegría.

De nada me quejo. Viví una buena vida.

Sin embargo, en los últimos ratos de mi estadía no consigo evitar, a ciertas horas del día, ese dolor adherido a mí y que se irá conmigo.

Una habitación antigua. Por una ventana entra la última luz del día.

La enorme habitación está vacía.

Durante unos minutos estoy en ella.

En una habitación solitaria estoy.

Tuvo días mejores, muebles, lámparas, cuadros en las paredes, ahora descascaradas.

Estoy en ella. Se esfuma la luz.

A través de los vidrios las tinieblas comienzan a cubrirla. Las tinieblas comienzan a cubrirme.

Recordé a Michael Furey saliendo de su hospedaje en Galway, bajo la helada lluvia de invierno y, enfrentando a la muerte, pararse en camisón y descalzo frente a una ventana para ver a Greta antes que ella partiera. Y morir al día siguiente por el frío que esa noche tomó, agravando su enfermedad.

¿De qué otro modo puede amarse, sino del modo en que Michael Furey amó a Greta?

Recordé la imagen de dos hombres sobre un ring, en el club atlético de Tom Sharkey.

Los dos hombres se golpean con mucha violencia, la gente se enardece, espera que uno de ellos caiga, pero es imposible predecir el resultado.

George Bellows no tuvo más que cruzar la calle, desde su estudio al club de Sharkey, para pintar la escena y situar al que lo mira en la posición que tendría de estar entre el público.

Nos hace ver la forma bestial en que dos hombres buscan dañar al otro descargando toda la potencia instintiva de sus naturalezas. Sus caras y la de los espectadores se distorsionan por la tensión que refleja la crueldad de la pelea brutal.

Dejamos de ver *Stag at Sharkey*.

Ahora, Bellows nos lleva a otro sitio.

Y nos permite mirar a su pequeña hija Anne con un vestido blanco, sentada en una mecedora.

Su mano descansa en la pierna y un abanico sobre el regazo; la otra mano cae lánguida sosteniendo el gran sombrero; el largo cabello rojizo cae por debajo de los hombros, cubre la frente, enmarca el rostro sereno, los enormes ojos oscuros y la tranquila mirada de la inocencia.

Lo brutal de la realidad y la inconmensurable belleza de la pureza.

En esa extrema contradicción, en esa aceptación de lo real y en la inacabable búsqueda de la imposible pureza, transcurrió mi vida.

Hay besos de cariño, saludo, ternura, pasión.

Sinceros, falsos, de traición.

Desesperados, angustiosos, tranquilos, ansiosos, apresurados, demorados.

Ácidos, amargos, dulces, insípidos.

Con lágrimas, con risas.

En la oscuridad, a pleno día, a media luz.

Fríos, tibios, calientes.

De compromiso, de encuentro, de adiós.

Besos en la boca, la mejilla, la frente, la oreja, la nariz, el ojo, el cuello, el mentón, la mano, la nuca, la uña, el pezón, la rótula, el coxis, el pubis, el pie, el pelo, el ombligo, el esternón.

Se desean, se rechazan.

Se olvidan, se recuerdan.

Gusto, tacto, olfato se comprometen en la acción.

La Bella Durmiente se despierta, el sapo se convierte en príncipe.

Y Blancanieves se cura del veneno con un beso.

Pensé: En el escaparate están Emma Bovary y Madame de Rénal; Clarissa Dalloway y Naná; Cathy Ames y Lolita; Yocasta y Clitemnestra; Nora Helmer y Blanche DuBois; Daisy Buchanan y Anna Karenina.

¿Elegiste?

¿0 creés que encontrarás a Elinor Dashwood, a Elizabeth Bennet, a Natasha Rostova, a Isolda de Irlanda o a Jo Marsh?

No encontrarás a ninguna de estas.

Son mujeres creadas por la imaginación.

Ninguna de ellas existe.

Solo podés elegir una de las anteriores.

También son personajes de ficción, pero ellas son la exacta copia de las reales, las que ves a diario.

La única clase de mujeres que existe.

Es como si fueras en un tren esperando llegar a tu estación.

No querés que el tren se detenga en la vía y, mucho menos, que descarrile o choque.

Tu deseo es simple: llegar a tu estación.

A tu lado hay pasajeros.

Ninguno de ellos es tu amigo. Ni lo será.

Es posible que, a tu lado, compartiendo un asiento de dos lugares, haya uno de ellos.

Incluso, puede ser que lo toques con tu codo o intercambies algunas palabras.

Y hasta puede ocurrir que mantengas una conversación con él y te despidas deseándole suerte y tengas la certeza de que nunca lo volverás a ver.

Pero todo lo que realmente deseás es llegar a tu estación.

A tu lado hay una chica de esas que valen la pena. Ella te dice que quiere estar con vos.

Sentís lo mismo que ella.

Tu deseo es permanecer junto a la chica.

No pensás en el tiempo.

No te importan las horas que transcurren.

Ni siquiera imaginás que alguna cosa grave pueda suceder en alguna de esas horas.

Estás conectado a ella.

No querés que esa conexión se quiebre.

Estás unido a esa chica de un modo muy bello.

De repente, un enorme pájaro (tal vez, un águila, un buitre o un cóndor) de un aletazo los separa, estabas por completo desprevenido.

Te parece despertar de un sueño por el estruendo de un rayo en medio de la tormenta.

Toda tu ambición era no dejar de tocarla.

Tu brazo no es lo suficientemente largo como para alcanzarla.

Tu voz no suena tan alto como para que pueda escucharte.

No grites, es en vano.

Creíste que no se iría, que no te irías.

Recordás su espalda al irse.

Seguramente, ella recordará tu espalda al irte.

Mirá cómo el viento empuja ese papel.

Alguien lo arrojó a la calle.

El viento lo arrastra a lo largo de la vereda.

Lo hace dar saltos, detenerse y volver a flotar raspando las baldosas.

Mirá.

Lo empuja a la calle.

Va chocando contra el cordón hasta que se detiene en una alcantarilla.

Queda encajado en las ranuras.

El viento sopla.

No está dispuesto a dejarlo en paz.

Lo empuja hasta que, poco a poco, es tragado por la boca de la alcantarilla.

El viento ya no lo toca.

Es el turno del agua.

La corriente de la cloaca lo lleva.

A medida que avanza, se debilita.

Está demasiado mojado.

Se va deshaciendo.

Es difícil que llegue a la desembocadura y pueda alcanzar algún río y, antes de hundirse y deshacerse definitivamente, pueda ver el sol brillando y pequeñas y ligeras nubes blancas deslizándose suavemente por el cielo.

Un pájaro canta solo para que lo escuche tu oído.

El sol cae sobre tu cara y la ilumina.

Le da calor en el otoño.

Si levantaras la vista verías cómo, lentamente, se desliza una nube muy blanca sobre la serenidad del cielo de intenso color celeste.

Adelante está el jardín.

Hay hermosas flores, un árbol que te dará sombra y un agradable aroma.

En la entrada del jardín se detienen el odio, la envidia, la crueldad, toda forma de maldad.

¿Te gustaría entrar a ese jardín?

Solo debes cumplir una condición: desprenderte del mal que llena cada espacio de tu cuerpo y de tu alma.

Entonces, tal vez, disfrutes del aroma de las flores, de la fresca sombra del árbol, de la luz del sol, de la nube que pasa, del pájaro que canta para tu oído.

Es tarea difícil.

Diría: imposible. ¿Verdad?

Ponés la llave en la cerradura y la puerta se abre.

Podés oler el aroma de una comida recién hecha.

Es el plato que te gusta. Alguien lo preparó para vos. La mesa ya está puesta.

El mantel que conocés, los platos de siempre.

En cada silla, alrededor de la mesa, están ellos.

Te gusta ver sus caras y oír sus voces.

Es común que así sea.

No se te ocurre pensar que no volverás a estar con ellos.

Mucho menos que, un día, te verán como un trocito de piedra que les entró en el zapato y no los deja caminar con comodidad. Van a sacarse el zapato y sacudirlo hasta que la piedrita caiga.

Estás cayendo de un zapato que alguien sacude.

La llama se eleva. Trepa el aire.

La madera alimenta al fuego.

El fuego la devora.

El fuego viborea en la madera que se quema.

Poco a poco, la llama languidece.

Apenas quedan unos pedazos renegridos donde hubo madera. Pedazos renegridos y cenizas.

Eso fue un árbol y sus ramas se extendían abrazando el aire mientras sus raíces se hundían en la tierra, en el que era su sitio.

Mirá.

¿Qué te queda?

¿Siluetas que se diluyen en tu mente? ¿Voces que te cuesta recordar?

¿Dónde dejaste a todos los que amaste?

¿Por qué se fueron y no te esperaron?

No podías ir tras ellos.

Era un viaje imposible.

Te quedaba esperar pacientemente para volver a verlos. Eso hiciste. No sirvió de nada.

Hubo un tiempo de gloria en el que te detuviste frente a la puerta y la puerta se abrió.

Y luego, la puerta siguiente.

Puertas que se abren a otras puertas.

Hay una que está cerrada.

Recordás que hubo una chica distinta.

Y creíste que su cuerpo era tu destino.

Pero el destino hace lo que quiere y su cuerpo se apartó para siempre del tuyo.

Es posible que, a veces, antes de dormir, cierres los ojos y te imagines su cara sobre tu almohada.

Y así, por un momento, recuperes un poco de todo lo que perdiste.

Podés soplar hasta hacer una inmensa burbuja en la que se reflejen los rayos del sol.

La ves flotar.

El aire la sostiene delicadamente.

Hasta que estalla y las minúsculas partículas de luz desaparecen frente a tus ojos.

Silencio.

Si prestás atención, podés escuchar el sonido del aire entrando y saliendo de tu cuerpo.

Estás ahí.

En el sonido y en el silencio.

No soplés.

En este instante, la burbuja aún refleja la dorada luz del sol.

El frío y el calor. La luz y la oscuridad.

Es un entretejido.

Estás ahí.

En medio de ese entretejido.

Es posible que pocos se percaten.

Tal vez, uno o dos puedan verte y se pregunten: «¿Qué está haciendo en ese sitio?».

Es como tener un libro abierto y ver las letras, pero no estás leyendo.

La lectura no te atrapa.

¿Ves? Una luciérnaga se enciende y se apaga en la oscuridad de la noche.

Otra luciérnaga le responde.

Es un juego amoroso.

Te encendés y te apagás.

Mirás hacia la oscuridad.

¿Hay alguien que te responda?

¿Amaste?

¿Te amaron?

¿Tu amor se extendió como un río infinito?

Gotas cayendo de una canilla mal cerrada.

¿Es todo lo que quedó del amor que te dieron?

No cerrés por completo esa canilla. Dejala así.

Al menos, el incansable y monótono sonido de la gota cayendo te traerá un poco de todo aquello.

Estás pasando el hilo por el ojo de la aguja.

La luz se apaga.

El hilo está en tu mano, la aguja en tu otra mano.

El vidrio de la ventana se empaña de vapor.

Con el dedo escribís tu nombre. Lentamente, el vidrio de la ventana recupera su transparencia.

Podés ver lo que hay más allá de la ventana.

Sobre el vidrio, tu nombre ya no está.

Mirá.

Amanece, la luz recupera su intensidad.

Escuchá. Un pájaro canta.

Y otro, un poco más lejos.

Esa luz y el canto de esos pájaros te esperan.

Acabás de salir de la noche.

Ahí, frente a vos, está el día. Los múltiples colores del día están ahí.

Abrí bien los ojos. Miralos.

Apenas tenés unas horas antes que la inconmensurable oscuridad de la noche te cubra como una gigantesca ola.

No querés sufrir.

Corrés para que no te alcancen los que quieren herirte.

Buscás un escondite.

Sabés que, inexorablemente, van a atacarte.

Te gustaría cerrar los ojos, abrirlos y ya no estar donde estás.

Puede que desees que nadie quiera dañarte.

Hasta podés desear que te amen.

Tus ojos están abiertos y estás en el mismo sitio.

Estás cansado, no querés continuar corriendo.

Aquí, donde estas parado, te defenderás.

Los chinos construyeron una muralla de más de ocho mil kilómetros de extensión y de siete metros de alto.

La construyeron desde el siglo 5 al siglo 16.

Los ingleses y los franceses les ganaron la guerra.

La muralla protegía el norte.

Los enemigos entraron por el sur.

Todas las murallas son inútiles.

No detienen al invasor.

Toda defensa es provisoria.

Tarde o temprano, el enemigo gana.

La derrota previsible es cuestión de tiempo.

Los guerreros nórdicos, los que profesaban el culto a Odín, creían que no se conquistaba el bienestar en el más allá, sino muriendo en batalla.

Nunca construyeron grandes murallas.

Apenas unas empalizadas para delimitar el territorio o para que no se escaparan los animales.

No le temían al enemigo. Temían morir sin luchar.

¿Reconocés tu cobardía?

Podés seguir corriendo o buscar un refugio inútil.

Podés detenerte. Girar y enfrentar a los que te persiguen.

Hagas lo que hagas, estás perdido.

Además, a nadie le importa lo que te pase.

Es tu asunto.

Algo privado.

Vos decidís caer como un cobarde o atreverte a unos instantes de inservible valentía.

En una gigantesca bandada, las grullas van a cruzar los Urales.

Son miles de grullas.

Emigran, huyendo del invierno.

Vuelan muy alto.

Esas montañas son muy altas, mucho más de lo que podés imaginar.

Arriba, en las cumbres, cae la nieve y el viento sopla con demasiada fuerza.

Algunas grullas alcanzan los picos más altos.

El viento las empuja.

Las rechaza.

Las hace retroceder.

Parece que han fracasado.

Al día siguiente, en las alturas, el viento, todavía, es más fuerte.

Las grullas se han fortalecido y, casi rozando las alas de las grullas cercanas, forman un grupo compacto, como si toda la bandada fuera un solo individuo. Las alas se agitan.

El viento sopla contra ellas.

Las grullas avanzan.

La tormenta, en las cumbres, es terrible.

Nieve y viento se unen para impedir el paso de las grullas.

Alas y alas, cientos de miles de alas.

Llegan a la cima.

No cesan en su aleteo.

No retroceden.

Avanzan.

Atraviesan el viento.

Las grullas han vencido al viento, la tormenta, la nieve, las alturas.

Ya no se las ve.

Están más allá de las cumbres, donde las espera el sol de la primavera para darles calor.

Las grullas, año tras año, cruzan la montaña, derrotan la tormenta, no puede detenerlas el viento.

Es una de las grandes hazañas de los seres vivos.

¿Hay algo que quieras contar sobre lo que hiciste en la vida?

Algo que consideres importante.

Ahí abajo, entre los yuyos, camina lentamente el caracol.

¿Lo ves?

Un pájaro vuela desde una rama a la otra.

¿Escuchás el sonido de sus alas?

Ahora, está allá arriba, en aquella rama y mira hacia abajo.

Tal vez, esté mirando al caracol.

Estás en el mismo lugar del universo infinito en el que están un pájaro y un caracol.

Vos, el pájaro y el caracol, ¿a cuál de los tres creés más importante para la vida?

No te molestés en responder esta pregunta.

¿Cuánto tiempo creés que conseguirán permanecer vos, el caracol y el pájaro en este sitio?

Tomás una bolsa.

La más grande que pudiste encontrar.

Metés algo adentro.

Nada importante. Pero te parece que lo es.

Cada cosa que llama tu atención la guardás en tu bolsa.

Caminás mirando atentamente.

No querés pasar por alto ninguna cosa que valga la pena.

No te das cuenta: la bolsa tiene un agujero en el fondo.

Está vacía.

No intentes volver a buscar lo que perdiste.

Otro ya lo juntó.

Su bolsa también tiene un agujero en el fondo.

Tic-tac, tic-tac.

Los relojes antiguos producían ese sonido.

Tic-tac. Tiempo. Secuencias eternas.

¿Para qué apresurarse?

Estás yendo por una secuencia establecida desde antes que nacieras.

Simplemente, vas.

¿Se escucha, cada vez, más lejano el tic-tac del reloj?

El arquero lanza la flecha.

Esa flecha puede recorrer diez metros, cien, mil.

Y alcanza el blanco.

La flecha es tu vida.

Es aconsejable que aproveches bien cada metro que recorras.

Nunca sabrás a cuántos metros estás del blanco.

Y el arquero nunca erra.

Es infalible.

«Cuando alguien te ama, no es bueno que te ame si no es hasta el final del camino», escribió Sammy Kahn en «All the way», esa vieja canción que cantaba Frank Sinatra.

Vas por el camino y vas dejándolos atrás.

No alzan las manos para despedirte.

Te dejan seguir solo.

Otro aparece. Es por un trecho.

¿Llueve?
¿Estás esperando que alguien te dé su paraguas?
Cubrite con tus propias manos.
Hasta el final del camino.